

WALL STREET, LOS BANCOS Y LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

MURRAY N. ROTHBARD

(Segunda edición)

Introducción a la edición de 2011 de
ANTHONY GREGORY

Introducción a la edición de 1995 de
JUSTIN RAIMONDO

Publicado por primera vez en World Market Perspective (1984) y más tarde bajo el mismo título como monografía por el Center for Libertarian Studies (1995)



Ludwig
Von Mises
Institute
Auburn, Alabama

Copyright © 2011 by the Ludwig von Mises Institute
Published under the Creative Commons Attribution License 3.0.
<http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/>
Ludwig von Mises Institute
518 West Magnolia Avenue
Auburn, Alabama 36832
mises.org
ISBN: 978-1-61016-192-3

Traducido al español por Juan José Gamón Robres
juanjogamon@yahoo.es

Sumario

Introducción a la Edición de 2011.....	1
Introducción a la edición de 1995.....	11
WALL STREET, LOS BANCOS Y LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA.....	19
J. P. Morgan.....	20
Una política de agresión en Asia.....	24
Teddy Roosevelt y el "chiflado solitario".....	26
Morgan, Wilson y la guerra.....	28
La Reserva Federal: una creación fortuita.....	32
La Mesa Redonda.....	35
El Council on Foreign Relations (CFR).....	36
Rockefeller, Morgan y la guerra.....	37
El Golpe de Guatemala.....	43
John Fidgerald Kennedy (JFK) y el Establishment.....	45
Lindon B. Johnson (LBJ) y la Élite del Poder.....	48
Henry A. Kissinger.....	52
La Comisión Trilateral.....	53
Bibliografía.....	61

Introducción a la Edición de 2011

Por Anthony Gregory

La idea de que los intereses corporativos, las élites bancarias y los políticos conspiran para dirigir la política de Estados Unidos es a la vez obvia y se pasa de la raya. Todo el mundo sabe que el complejo militar-industrial es grande y corrupto, que los presidentes dan dinero y privilegios a sus donantes y a sus empresas favoritas, que una puerta giratoria conecta Wall Street y la Casa Blanca, que las motivaciones económicas se esconden tras las guerras de Estados Unidos. Pero insistir demasiado en ello supone típicamente ser ignorado por mantener teorías de la conspiración poco serias, indignas de consideración por la corriente dominante.

Hemos visto cumplida esta paradoja después del colapso financiero de 2008. La Izquierda culpa a Wall Street y al mundo de las altas finanzas porque por su avaricia y ansia depredadora han traicionado al pueblo y, encima, su conducta irresponsable se ha visto premiada con rescates de Washington. Al mismo tiempo, la Izquierda parece completamente renuente a oponerse a esos rescates, viendo el gasto como un mal necesario para devolver la economía global a la estabilidad, aunque no sea equitativo. Es más, la Izquierda no pide la dimisión del presidente Obama y de los líderes demócratas por su innegable implicación en todo eso. Culpan a Goldman-Sachs, pero ven a su presidente, que obtuvo más dinero para su campaña electoral de esa empresa que de casi cualquier otra fuente, como una víctima indefensa de las circunstancias, en lugar de un enérgico instigador de la corrupción de las empresas además de ser el heredero entusiasta y expansionista de la agresiva política exterior de George W. Bush.

La Derecha del Tea Party también vacila a la hora de examinar el Estado corporativo demasiado de cerca. Estos conservadores detectan un elitismo en el gobierno de Obama, pero son reacios a desafiar seriamente el statu quo económico, ya que conduciría a preguntas incómodas sobre el Estado militarista, los contratistas de defensa, las guerras estadounidenses, toda la historia del Partido Republicano y todas las típicas suposiciones que mantiene la Derecha acerca de la inherente equidad del sistema supuestamente de "libre empresa" de Estados Unidos. Al rehusar admitir que los fundamentos económicos no eran del todo sanos en los años de Bush, —al no reconocer la realidad imperial de las guerras estadounidenses y su efecto debilitante en el presupuesto de la familia promedio—, la Derecha renuncia a su oportunidad de ahondar más allá de la superficie en su crítica al reinado de Obama.

Muchos en la Derecha llaman "socialista" a Obama y muchos de la Izquierda acusaron a Bush de ser un "fascista", ninguno de los dos grupos veía las estrechas similitudes en casi todas sus políticas. Al mismo tiempo, las fuerzas más importantes de la Izquierda y de la Derecha se niegan a aceptar una retórica tan "extremista" e

insisten en que ambos partidos políticos, con todas sus diferencias, desean de corazón lo mejor para los intereses de Estados Unidos. Dada la inquebrantable lealtad de la Izquierda hacia la socialdemocracia y la intervención económica y dado el amor invencible de la Derecha por los militares y su apoyo a la América corporativa vemos por qué se nos permite condenar la corrupción y los intereses especiales, pero no cavar mucho más profundo que eso, si no queremos ser relegados a la periferia de la discusión que es considerada respetable.

En su "Wall Street, los Bancos y la Política Exterior Norteamericana" Murray N. Rothbard, que nunca teme criticar a ninguna vaca sagrada, va mucho más allá de las lamentaciones de la corriente de pensamiento dominante. Analiza más de un siglo de militarismo estadounidense y de amiguismo con las empresas, citando nombres, sin perdonar a nadie, y demostrando el continuismo del Imperialismo con independencia del partido que esté en el poder, junto con los muchos intereses empresariales que se solapan y compiten entre bambalinas. El relato de Rothbard sobre el choque entre los Morgan y los Rockefeller, que tenían intereses en común y algunos en conflicto, expone con brillantez la complejidad de la historia, al tiempo que explica en general la dinámica del poder. El tratamiento que hace del conflicto entre las empresas de los "vaqueros" del Oeste (y sus representantes en Washington) y el Establishment "Yankee" del Noreste es igualmente ilustrativo: "Mientras ambos grupos favorecen la Guerra Fría, los vaqueros son más nacionalistas, más halcones y menos inclinados a preocuparse por lo que piensen nuestros aliados. Debe quedar claro que el nombre del partido político en el poder es mucho menos importante que las particulares conexiones financieras y bancarias del régimen".

Este libro, fantásticamente escrito, es la respuesta definitiva a muchos de los que se niegan a ver la realidad —los que se jactan de que existen grandes diferencias entre Republicanos y Demócratas; los que insisten en que el motor principal de las guerras de Estados Unidos son la preocupación por la defensa nacional o los derechos humanos en el extranjero; los que tachan a quienes denuncian ese oculto tráfico de influencias de mantener "teorías conspiranoicas", simplistas, carentes de matices y sofisticación; y los miopes que creen que todas las decisiones importantes las toma la misma camarilla de actores principales, en vez de una complicada confluencia de intereses y fuerzas diversas.

Los vendedores ambulantes de teorías de conspiración demasiado simplificadas se sentirán incómodos con el nivel de detalle de este libro, al igual que los intelectuales de la corte que consideran a todas y cada una de las referencias a la duplicidad de grupos como el consejo de Relaciones Exteriores (Council on Foreign Relations) y la Comisión Trilateral como charla de paranoicos que están por completo divorciados de la realidad. Además, las personas que piensan que eliminando la influencia de las empresas de la esfera pública se acabarán por fin las guerras y los sobornos se verán animadas a reconsiderar sus suposiciones sobre el Estado: no es, después de todo, una organización para el bien público que ha sido secuestrado por los ricos y poderosos, ni un motor de control de las empresas que pueda ser

reformado hacia fines liberales. El Estado mismo es y siempre será el problema, y mientras tenga un brazo militar, se verá influenciado por unos u otros intereses particulares para tomar parte en guerras oportunistas y, como mínimo, será manipulado por los políticos, e incluso los que sean tenidos por más justos y humanitarios, registrarán un pasado asesino y diabólico cuando desplieguen sus fuerzas y lancen sus bombas. Los grandes intereses empresariales pueden ir y venir, pero el aparato político mismo, el más intrínsecamente corruptor de todas las instituciones dada su naturaleza inevitablemente coercitiva y monopolística, continuará infligiendo miseria y expoliando a los desfavorecidos en provecho de los poderosos.

Por otra parte, a diferencia de los libertarios moderados que consideran que los empresarios que conspiran con el gobierno, en el peor de los casos, son simples cómplices circunstanciales de un crimen político que en una economía mixta es inevitable, Rothbard no atempera su acusación contra los jóvenes miembros de las asociaciones público-privadas dedicadas al saqueo imperialista. En la concepción Rothbardiana de la teoría política y económica, cabe el libre albedrío, y por lo tanto la culpa, y los banqueros, los directivos ejecutivos, cuando son maestros del cabildeo y los asesores políticos agita-sables merecen una parte considerable de ella junto con Generales y presidentes.

En muchos de sus escritos Rothbard analiza las relaciones impropias entre los responsables políticos y los intereses empresariales. Abogó por un renacimiento del análisis libertario de clases, reclamando de los marxistas e izquierdistas un ejercicio cuyo objeto de estudio había sido transformado por ellos y convertirlo en una narrativa de la lucha dialéctica entre productores y trabajadores en vez de un conflicto entre una clase política consumidora de impuestos contra los contribuyentes. Aunque Marx y sus seguidores atacaron correctamente al Estado moderno porque concedía privilegios a los intereses empresariales más influyentes, la concepción izquierdista ha convertido el concepto liberal clásico de análisis de clases al postular la captura del aparato estatal por el proletariado y categorizar a los productores y empresarios como los enemigos inevitables del hombre común. Sin embargo, los estudiosos de Izquierda, en particular de la variedad Nueva Izquierda, han tendido a "seguir el dinero" al examinar los sobornos gubernamentales, la corrupción y la guerra, una tarea muy apreciada por Rothbard y los que le siguen por este camino.

En Wall Street, los Bancos y la Política Exterior Norteamericana, sin embargo, el lector es tratado con más matiz y detalle, así como con una narración más coherente de lo que son comunes en las obras de la Izquierda. Esto se debe a que la teoría que respalda el análisis de Rothbard, a diferencia de las que maneja la Izquierda, es una teoría sólida. Un punto general lo confirma. Al no entender de Economía básica, la Izquierda recae en el keynesianismo militar, que a menudo ve la guerra como una bendición para la economía, cuando no para todo lo demás. En enero de 2008, el gurú de Economía de la Izquierda Paul Krugman (quien hace años había promovido la idea

de que la Fed debía intervenir para generar una burbuja en el mercado inmobiliario), se quejó en su blog del New York Times:

Una cosa que me preguntan bastante a menudo es si la guerra de Iraq es responsable de nuestras dificultades económicas. La respuesta (con ligeras matizaciones) es no ... De hecho la guerra es, en general, expansiva para la economía, al menos en el corto plazo. La Segunda Guerra Mundial, recuerden, acabó con la Gran Depresión.

Incluso los radicales a veces confunden las guerras neomercantilistas con los intereses del contribuyente estadounidense corriente —Noam Chomsky ha entonado a menudo que la economía estadounidense depende en general de esas guerras— lo que conduce a una crítica incompleta y a un análisis de clase defectuoso. Esto ha llevado a la Izquierda a interpretar erróneamente las guerras de George W. Bush por el petróleo como toscos intentos de conquistar los campos petroleros para beneficio de los consumidores estadounidenses, en lugar de verlas como dirigidas a beneficiar a algunas empresas a expensas de otras (también descuidó en gran medida, en comparación con el énfasis puesto en el petróleo, las posibles motivaciones monetarias involucradas, ya que a finales de 2000 Iraq había empezado a fijar los precios de su petróleo en euros, desafiando a los partidarios de la supremacía del dólar estadounidense). La mala Teoría Económica también supuso que cuando James Baker, secretario de Estado con George H.W. Bush, dijo que la primera guerra del Golfo vino motivada por la necesidad de crear "puestos de trabajos" la población estaba desarmada y no podía sino entenderla en su sentido literal.

A la incompreensión de la Economía, la Izquierda une una pobre lectura de la Historia. La Izquierda sigue estando en gran parte orgullosa del legado de la Era Progresiva, cuando políticos supuestamente altruistas defendían al hombre común frente a las grandes empresas. Rothbard desentraña completamente este fraude. El reverenciado Teddy Roosevelt "había sido un hombre de Morgan desde el principio", con vínculos familiares, empresariales y políticos con el gigante bancario. El "primer acto de Roosevelt después de las elecciones de 1900 fue organizar una exuberante cena en honor de J.P. Morgan", y muchas de sus políticas, desde el golpe de Panamá de 1903 al descrédito de la Standard Oil, fueron enormes parabienes para los intereses de Morgan. El Progressive Bull Moose Party de 1912 ¹, en vez de ser un intento de desafiar a la Administración del presidente Taft (que era favorable a los intereses empresariales) por razones del idealismo igualitario, fue también una trama de Morgan. El ganador de las elecciones de 1912, Woodrow Wilson, lejos de intentar controlar a los bancos a través de la Ley de la Reserva Federal, fue un gran campeón de las élites más ricas de la banca, especialmente de los Morgan. La Fed misma "permitió al sistema bancario inflar dinero y crédito, financiar préstamos a los Aliados y reflotar enormes déficits una vez que Estados Unidos entró en la guerra".

¹Literalmente: "Partido Progresista del Alce Macho" (N. Del T.).

Más recientemente, las críticas que la Izquierda hace de Bush sugieren que había roto con un honorable pasado americano por la forma en que libró la guerra —y en particular condenaba sus motivaciones económicas como si fueran algo nuevo o exclusivamente Republicano—. Muy pocos críticos vieron a Bush como seguidor de una tradición que se remontaba al menos a la entrada de Franklin Roosevelt en la Segunda Guerra Mundial, una guerra, nos recuerda Rothbard, por la que las élites bancarias habían estado presionando a lo largo de la década de 1930. Esa guerra todavía está santificada como un testamento al altruismo humano y una lucha del bien contra el mal. Pero la Segunda Guerra Mundial también podría considerarse, desde otro punto de vista, como una guerra de coaliciones: los Morgan consiguieron su guerra en Europa y los Rockefeller la suya en Asia. Henry Stimson, secretario de Guerra, había sido un abogado de Wall Street con tantos lazos corporativos como cualquier militarista moderno, y su asistente John J. McCloy (a quien Rothbard critica por la decisión política, especialmente horrible, del internamiento japonés) disfrutó de una lucrativa carrera en la órbita de Rockefeller y, entre otros cargos, fue presidente del CFR durante 17 años. Si el complejo militar-industrial no existía antes, al final de la Segunda Guerra Mundial era ya una realidad. El ménage à trois entre los mercaderes de armas, la máquina de guerra de Estados Unidos y los poderes financieros de Nueva York se consumó plenamente, incluso antes de que naciera George W. Bush.

Los presidentes favoritos de la Izquierda, Truman, Kennedy, Johnson y Carter, llenaron los puestos de dirección del Departamento de Defensa con miembros de las élites bancarias. En particular, Rothbard muestra que a partir de la Administración Kennedy, los representantes de Lehman Brothers y Goldman Sachs disfrutaron de una influencia inquietante en política exterior —los estadounidenses informados de la actualidad financiera saben que no han perdido ese nefasto impacto—. La fluidez de la comunicación entre Lehman Brothers y el Pentágono fue un aspecto especialmente "fascinante de la Administración Johnson". Lehman y otras importantes firmas del sector financiero también dominaron a los principales dirigentes de la Era Carter. De alguna manera, la Izquierda ve generalmente a esos presidentes como, en el peor de los casos, promotores de la influencia de las empresas, en vez de como criminales culpables de urdir expolios y guerras para mayor beneficio de sus compinches.

El colapso financiero y los rescates son sólo el último ejemplo de la incoherencia de la crítica que hace la Izquierda. Según ella hemos de creer que los ejecutivos de las principales instituciones financieras no tienen compasión, los reguladores son héroes olvidados, misteriosamente privados de poder desde los años de la presidencia de Reagan (aunque nunca expliquen convincentemente lo que pasó exactamente) y el presidente es, en el peor de los casos, un ingenuo bien intencionado. Esta formulación es partidista, y hasta cuando critican a Bush por sus favores a las empresas, demuestran tener una extraña fe en el propio Estado, pues acusan a Bush de no "haber hecho bastante" y de haber insistido en reducir el poder del Ejecutivo sobre la economía. Y todo ello a pesar de la ley Sarbanes-Oxley y las demás

importantes expansiones del Estado regulador decretadas por Bush, que van mucho más allá de las establecidas por Bill Clinton.

Las guerras de hoy, también, parecen confundir a la Izquierda que ve intereses corporativos y agitación conservadora detrás de todos los fracasos políticos. Se nos dijo que la guerra de Iraq fue una ruptura con las tradiciones americanas de prudencia diplomática. Es cierto que los neoconservadores representaban ideológicamente una Escuela de Pensamiento inusualmente inclinada a la democratización por la fuerza —eran casi hiper-Wilsonianos— lo que efectivamente significaba un cambio frente a la Escuela "Realista", que se había orientado económicamente en torno a los Rockefeller, y que había dominado la política al menos desde la Segunda Guerra Mundial. Vale la pena decir que gran parte del Establishment económico se mostró visiblemente más cauteloso con la guerra de Iraq que con la mayor parte de las demás aventuras militares de Estados Unidos. Esto parece una especie de anomalía, pero hubo una situación paralela en 1968, cuando, como dice Rothbard, incluso muchas de las "figuras de la élite" de la Administración Johnson "se habían inclinado hacia una firme oposición a la guerra", unidas por gran parte del Establishment y de Wall Street.

No podemos sino soñar con cuál habría sido la reacción de Rothbard ante el triunfo temporal de los neoconservadores sobre los realistas en Iraq. Pero no hace falta decir que la trayectoria general de la política exterior estadounidense —guerras presidenciales de agresión, neomercantilismo, bombardeos financiados por la Fed, sanciones comerciales, instrumentalización de la ONU y la OTAN cuando conviene— ha sido bastante consistente desde la era progresista hasta Obama, a excepción de la aberración de Bush; y ahora Estados Unidos ha vuelto sólidamente a la tradición "realista" con Obama, que está usando coaliciones internacionales para ocultar la agresión contra Libia, y que continúa el proyecto imperial en Afganistán que empezó con la intromisión del Asesor de Seguridad Nacional de Carter, Zbigniew Brzezinski, de la Escuela Realista. Más de una década después de que Rothbard escribiera este libro, identificando a Brzezinski como un director ejecutivo de la Trilateral y "recientemente elegido director del CFR", este icono del Establishment presumió de que fué él quien provocó a los soviéticos para que invadieran Afganistán —una intervención fatídica que ha cambiado la política estadounidense en el mundo musulmán de manera irreversible—.

Cuando la Izquierda atacó a los neoconservadores por la guerra de Iraq —reproduciendo, a sabiendas o no, unas críticas al neoconservadurismo que pueden remontarse a Rothbard y a su tradición de la Vieja Derecha—, en realidad no entendían lo que estaban atacando. Obviaron casi completamente los orígenes izquierdistas y particularmente Trotskistas del neoconservadurismo, y tendieron a minimizar el rol esencial de Israel. De alguna manera, unieron la condena a la "privatización" de la guerra de Bush, a su dependencia de los contratistas militares y su supuesto deseo de apoderarse del petróleo árabe con su crítica al neoconservadurismo, aunque la Economía y el clientelismo empresarial nunca fueran

intereses importantes de esa corriente de pensamiento en materia de Política Exterior.

Esto ayuda a explicar la confusión actual, ya que Obama ha aumentado considerablemente la presencia de contratistas militares, ha expandido la guerra en Afganistán, ha bombardeado Pakistán, Yemen, Somalia y Libia, y parece estar en general de acuerdo con casi todo el programa de Bush, incluyendo la retirada programada de Iraq. La política petrolera y la construcción planeada de oleoductos a través de Afganistán son cuestiones que se siguen manteniendo en segundo plano. Los intereses económicos e imperialistas que respaldaron tras la reacción de Estados Unidos al 11 de septiembre van mucho más allá de los neoconservadores y de su diversión en Iraq.

Por supuesto, los líderes de guerra de los años supuestamente anómalos de Bush habían sido luminarias del Establishment durante décadas. La asesora de Seguridad Nacional y secretaria de Estado Condoleezza Rice estuvo en el primer consejo de Seguridad Nacional de Bush y más tarde sirvió en el directorio de Chevron. El vicepresidente Dick Cheney (junto con el secretario de Defensa Donald Rumsfeld) había comenzado su ascenso bajo Nixon. Cheney fue director del consejo de Relaciones Exteriores (Council on Foreign Relations) a finales de los años ochenta y, es tristemente célebre por ser a finales de los 90 consejero-delegado y presidente del consejo de administración de Haliburton — la empresa de servicios petroleros que recibió importantes contratos con Clinton durante sus intervenciones en los Balcanes, se convirtió en un gran beneficiario de la guerra de Bush en Iraq (así como en la construcción de celdas de detención para el campo de prisioneros de la bahía de Guantánamo), y todavía mantiene esos vínculos con el imperio—.

Cheney, es de notar, también fue miembro de la Comisión Trilateral —ese club de élite fundado por David Rockefeller que llegó a dominar los salones del poder a partir de la Administración Carter—. En 1984, Rothbard ya escribía que, independientemente de cual fuera el resultado de las siguientes elecciones, podíamos esperar que esa organización estuviera bien representada. Además de Cheney, los miembros de la Trilateral que han ascendido o continúan en elevados puestos del gobierno norteamericano desde 1984 incluyen al presidente de la Fed, Alan Greenspan, George H.W. Bush, su consejero de seguridad nacional Brent Scowcroft, Bill y Hillary Clinton y los miembros del gabinete de Clinton: Lloyd Bentsen, Warren Christopher (Departamento de Estado) y William Cohen (Defensa). Unos pocos miembros de la Trilateral han aparecido más recientemente, aunque, aparte del vicepresidente Cheney, están el secretario del Tesoro de George W. Bush, Paul O'Neill, el asesor económico de Obama, Paul Volker, y su consejera de política exterior y embajadora ante las Naciones Unidas, Susan Rice.

El continuismo del Estado corporativo trasciende a los partidos. Ben Bernanke, asesor económico de Bush y más tarde elegido presidente de la Fed, fue reelegido para ese alto cargo por Obama. Otro secreto de los años de Bush es el segundo

secretario de Defensa de Bush, Robert Gates, cuyo verificado pasado incluye exhortar a Reagan a vender armas a Irán en 1985, dirigir la CIA con George H.W. Bush y ser miembro del consejo de administración de gigantes como Fidelity Investments, NACCO Industries y Brinker Internacional.

Cuando Obama eligió como secretario del Tesoro al joven Timothy Geithner, éste ya era un miembro precoz del Establishment. Trabajó para Kissinger Associates en Washington D.C. y en 1988 se unió a la división de Asuntos Internacionales del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Siguió trabajando para la embajada estadounidense en Tokio, sirvió como ayudante en política monetaria y financiera durante años, siempre con un enfoque internacional, y se convirtió en subsecretario de Hacienda para Asuntos Internacionales en 1998. En 2002, fue Senior Fellow del Departamento de Economía Internacional en el consejo de Relaciones Exteriores, y también director del Departamento de Desarrollo y Revisión de Políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI). A finales de 2003, se convirtió en el presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York y luego en Vicepresidente del Federal Open Market Committee. En marzo de 2008 estuvo íntimamente involucrado en el rescate y venta de Bear Stearns. A raíz de la crisis financiera, la elección de Geithner por Obama para dirigir el Tesoro fue surrealísticamente presentada a todo el mundo como un movimiento pragmático y responsable. Pero hasta los nombramientos de menor importancia demuestran la ironía de la reputación de Obama como defensor del hombre de la calle contra la gran empresa —la selección que hizo el presidente Obama de Jeffrey Immelt consejero-delegado de General Electric (GE) para reducir el desempleo encaja a la perfección con la elección por Franklin D. Roosevelt de Gerard Swope, a la sazón consejero-delegado de GE, para dirigir la National Recovery Administration.

Por supuesto, el propio Obama está completamente al servicio de la industria financiera. Goldman Sachs aportó más de 994.000 dólares a las arcas de Obama. Lehman Brothers desembolsó 395.600 dólares, un monto récord para la compañía, después de lo que Hillary Clinton recibió. De entre sus veinte más prominentes contribuyentes para su campaña, once eran bancos de inversión o firmas de abogados estrechamente asociadas a ellos. Justin Raimondo señaló en 2008 que entre los donantes de Obama se incluyen altos ejecutivos de Wachovia, Washington Mutual, Citigroup, Deutsche Bank, Merrill Lynch, Bank of America, J.P. Morgan, Chase, Morgan Stanley y Countrywide.

Los recientes acontecimientos demuestran la continua negación del nexo entre la banca y la política exterior. En febrero de 2010, el congresista Ron Paul causó un revuelo en la Cámara de Representantes cuando, enfrentándose a Bernanke, dijo: "se ha informado en el pasado que durante la década de 1980 la Reserva Federal facilitó un préstamo de 5.500 millones de dólares a Saddam Hussein que luego éste utilizó para comprar armas de nuestro complejo industrial militar". Bernanke encontró la acusación demasiado absurda para justificar una respuesta seria. Paul más tarde citó al profesor de la Universidad de Texas Robert D. Auerbach, autor del libro publicado

en 2008 que lleva por título *"Deception and Abuse at the Fed"* para respaldar su afirmación. Ya fuese Bernanke sincero o no al no dar crédito a esa nefasta conexión entre la Fed y la diplomacia estadounidense, muchos de los espectadores tampoco le creyeron a él.

En marzo de 2011, mientras el gobierno de Obama estaba bombardeando Libia, el senador Bernie Sanders escribió una carta abierta a Bernanke, preguntando por qué la Fed proporcionó 45 préstamos de emergencia con intereses casi nulos, por un total de más de 26.000 millones de dólares al Banco Central de Libia de diciembre de 2007 a marzo de 2010. También preguntó por qué el banco y sus dos sucursales de Nueva York fueron exentos de las sanciones impuesta por Estados Unidos a las empresas libias.

Mientras tanto, los medios de comunicación celebraban el presunto éxito de Troubled Asset Relief Program (TARP), el paquete de rescate de 700.000 millones de dólares aprobado al final de la presidencia de George W. Bush. En ese momento nos dijeron que era indispensable para evitar un colapso financiero que se tragaría a la economía entera. La mayoría de los estadounidenses se mostraron escépticos, sospechando que les estaban siendo desvalijados por las mismas fuerzas responsables de la crisis. La AP informó el 30 de marzo de 2011, cuando se estaba oficialmente reivindicando la necesidad de dicho programa de rescate: "Según el funcionario del Departamento del Tesoro que supervisa el programa de rescate, algunos bancos utilizarán dinero de un programa gubernamental destinado a financiar a las pequeñas empresas para pagar sus rescates federales". El titular era más conciso: "Los bancos utilizarán fondos de la Fed para pagar el rescate de la Fed".

Desde la publicación de *"Wall Street, Banks and American Foreign Policy"* han aparecido cierto número de trabajos que siguen la tradición Rothbardiana de buscar en la historia el nexo de unión entre la élite del Banco Central y los conspiradores del Estado guerrero. Vale la pena mencionar el extenso libro de Edward Griffin, *"The Creature from Jekyll Island"* (1994), que aborda la Teoría Económica y la Historia anterior al material tratado aquí por Rothbard. El libro de Robert Higgs publicado en 2007 *"Depression War and Cold War"* examina el papel de la industria de la defensa en la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Para un estudio definitivo sobre el corporativismo de la Primera Guerra Mundial, con énfasis en los comerciantes de armas, así como en los bancos, véase la obra de T. Hunt Tooley que lleva por título *"Merchants of Death Revisited: Armaments, Bankers, and First World War"* edición del *Journal of Libertarian Studies*. Incluye una bibliografía con muchas grandes referencias.

En cuanto a las cuestiones del siglo XXI, no hay muchos estudios sobre las conexiones entre la máquina de guerra y el Establishment bancario. *"Confessions of an Economic Hitman"* de John Perkins (2004) cuenta su historia como un agente de finanzas internacionales con vínculos con el Estado de seguridad de Estados Unidos, dedicado a convencer a las naciones del Tercer Mundo para que acepten préstamos

aplastantes. William D. Hartung "How Much Are You Making on The War Daddy? A Quick and Dirty Guide to War Profiteering in the Bush Administration" (2003) y "The Complex: How The Military Invades our Daily Lives" (2008) son buenos análisis del corporativismo militar. Sobre el colapso financiero y los fraudes, el periodismo investigativo de Matt Taibbi, que escribe en Rolling Stone con un enfoque en Goldman Sachs, ha culminado en su libro de 2010 "Griftopia: Bubble Machines, Vampire Squids and The Long Con That Is Breaking America". Por último, un artículo aparecido en el Huffington Post merece mención por atreverse a mostrar la relación entre el banco central y los intelectuales de la corte de Estados Unidos: Ryan Grim "Priceless: How the Federal Reserve Bought The Economics Profession" ("De cómo la Reserva Federal compró a los profesionales de la Economía") que apareció en octubre de 2009.

Lo que falta en la mayoría de los estudios sobre la guerra y la banca del siglo XXI, es el análisis de clase austro-libertario combinado con una comprensión del ciclo económico, el significado de la acción humana en el complejo militar-industrial y la naturaleza intrínsecamente depredadora del Estado. La obra de Joe Salerno de 2006, "Praxeology and the Logic of Warmaking", ayuda a establecer el fundamento teórico de que la guerra, al igual que todas las actividades humanas que persiguen un propósito, tiene una lógica económica y puede entenderse en términos de lo que sus perpetradores buscan obtener. Para un tratamiento austriaco de la crisis de la vivienda y la corrupción en el gasto de defensa, el libro de 2011 de Tom Woods, "Rollback: Repeating Big Government Before the Coming Fiscal Collapse", proporciona algunos capítulos útiles. El libro de Ron Paul End the Fed tiene una sección sobre la inflación y la guerra. Un montón de artículos sobre diferentes facetas del Estado corporativo imperial se pueden encontrar en mises.org, LewRockwell.com, Antiwar.com y en otros sitios.

Pero sería genial ver algo como una secuela de "Wall Street, Banks and American Foreign Policy", una historia completa y detallada, pero concisa, que comenzase donde Rothbard la dejó, durante la Administración Reagan, y nos pusiera al día hasta hoy. Hasta entonces, podemos quedar satisfechos leyendo esta maravillosa obra de Historia Económica revisionista, análisis de clases y periodismo contra la guerra, todo en uno. Para entender a la América moderna, los amos de la banca y los belicistas que han dirigido el espectáculo durante más de un siglo deben ser denunciados. Hasta hoy, nadie lo ha hecho tan bien como Rothbard.

Introducción a la edición de 1995

Por Justin Raimondo

El análisis que hace en 1984 Murray Rothbard de la Historia moderna de Norteamérica y que la describe como una gran lucha por el poder entre las élites económicas, entre la Casa de Morgan y los intereses de Rockefeller, culmina con la siguiente conclusión: "La élite del poder financiero puede dormir plácidamente por las noches sea quien sea el que gane las elecciones en 1984". Para cuando uno llega a ese pasaje, la conclusión parece bastante discreta, porque lo que tenemos aquí es una Historia compacta y arrolladora de la política del siglo XX contada desde la óptica de la élite del poder. Representa una muestra pequeña y altamente especializada del vasto conocimiento histórico de Rothbard a lo que une toda una vida dedicada al Individualismo Metodológico aplicado a las Ciencias Sociales. Apareció por primera vez en 1984, a medidos del mandato del presidente Reagan, en una pequeña publicación financiera llamada *World Market Perspective*. En 1995 el Center for Libertarian Studies publicó la obra para una mayor audiencia y en el año 2005 se publicó en internet por primera vez.

Los teóricos de Izquierda y Derecha se refieren constantemente a "fuerzas" abstractas cuando examinan e intentan explicar patrones históricos. Aplicando el principio del Individualismo Metodológico —que atribuye toda la acción humana a los actores individuales— y los principios económicos de la Escuela Austríaca, Rothbard formuló una visión general de la élite americana y de la Historia de la era moderna.

El análisis de Rothbard se basa, en primer lugar, en los principios básicos de la Economía Austríaca, en particular en el análisis Misesiano de la banca y del origen del ciclo económico. Este tema también es tratado y desarrollado en uno de sus últimos libros, *The Case Against The Fed* (El caso contra la Fed) (Instituto Mises, 1995). Aquí, el autor relata la historia de cómo una poderosa alianza de intereses bancarios impuso el Sistema de la Reserva Federal al desprevenido pueblo estadounidense. El análisis económico de Rothbard es claro, conciso y amplio, cubriendo la naturaleza del dinero, la génesis del papel moneda del gobierno, la inestabilidad inherente (y el carácter esencialmente fraudulento) de las reservas bancarias fraccionarias y las verdaderas causas del ciclo económico.

Como Rothbard explica en sus escritos económicos, la clave está en entender que el dinero es una mercancía como cualquier otra y por lo tanto sujeta a las leyes del mercado. Que el gobierno pueda conceder un monopolio sobre la producción del dinero, algo que es el alma misma del sistema económico, es una receta para la inflación, la erosión del valor de la moneda —y la formación de una permanente plutocracia cuyo poder es prácticamente ilimitado—.

En el presente ensayo, como en *El caso contra la Fed*, es en la sección sobre la historia del movimiento que estableció el Sistema de Reserva Federal donde el

análisis Rothbardiano de la élite del poder entra en juego de forma plena y fascinante. Lo sorprendente de esta pieza es la plétora de detalles. El argumento de Rothbard está tan repleto de datos fácticos que detallan las conexiones sociales, económicas y familiares del floreciente poder del dinero, que necesitamos dar un paso atrás y mirarlo a la luz de la teoría Rothbardiana, específicamente de la teoría de Rothbard sobre el análisis de clases.

Rothbard reclamó ansiosamente el concepto de análisis de clases de los marxistas, que lo expropió de los teóricos franceses del *laissez-faire*. Marx escribió una versión plagiada, distorsionada y vulgarizada de esa teoría basada en la Teoría del Valor de David Ricardo. Partiendo de esas premisas, presentó un análisis de clases que enfrentaba a los trabajadores con los propietarios.

Una de las muchas importantes contribuciones de Rothbard a la causa de la libertad fue restablecer la teoría original, que enfrentó al pueblo con el Estado. En la Teoría Rothbardiana de la lucha de clases, el gobierno, incluidos sus clientes y servidores, explota y esclaviza a las clases productivas mediante impuestos, regulaciones y guerra perpetua. El gobierno es un incubo, un parásito, incapaz de producir algo por sí mismo y que se alimenta en cambio las energías vitales y la capacidad productiva de los productores.

Este es el primer paso de un análisis de clase libertario completamente desarrollado. Desafortunadamente, aquí es donde los procesos de pensamiento de demasiados pretendidos libertarios se detienen en seco. Les basta con saber que el Estado es el Enemigo, como si fuera una premisa irreducible.

Como dijo William Pitt en 1770: "Hay algo detrás del trono más grande que el propio rey". Como consecuencia de su error metodológico, la Izquierda es incapaz de ver las verdaderas fuerzas en acción y se contenta con vivir en un mundo de ciencia ficción y planteamientos utópicos, en los que no es una amenaza para el poder establecido y por lo tanto son tolerados y a veces incluso animados.

El fracaso de la Izquierda a la hora de llevar el proceso analítico un paso más adelante es, en muchos casos, consecuencia de una falta de liderazgo. Pues está claro, dada la teoría libertaria y las ideas económicas de la Escuela Austriaca, adonde conduce el paso siguiente. Llegados a este punto, ninguna evidencia empírica es necesaria (aunque eso vendrá más tarde y a raudales); la verdad se puede deducir de la pura Teoría, específicamente de la Teoría Austríaca de la naturaleza del dinero y la banca y del análisis que hace Mises del origen del ciclo económico.

Esta deducción fue brillante y coloridamente expuesta en el primer número de *The Journal of Libertarian Studies* (Invierno 1977), de dos estudiantes de Rothbard, Walter E. Grinder y John Hagel III, en "Toward a Theory of State Capitalism: Ultimate Decision-Making and the Class Structure".

Si bien un mercado libre puro impediría necesariamente el desarrollo de un monopolio bancario, "el sistema de mercado concentra la actividad empresarial y la

toma de decisiones dentro del mercado de capitales debido a los considerables beneficios que se obtienen de cierto grado de especialización”.

Este "mercado de capitales especializado, por la propia naturaleza de su papel integrador dentro del sistema de mercado, emergerá como un lugar estratégico para la toma de decisiones últimas". Dado que algunos individuos preferirán los medios políticos sobre los económicos, algunas de esas grandes fortunas utilizarán sus enormes recursos para cartelizar el mercado y aislarse del riesgo. La tentación de los banqueros en particular para utilizar el poder del Estado en su beneficio es muy grande, ya que permite a los bancos inflar sistemáticamente su base de activos. La creación de activos posibilitada por estas medidas libera en gran medida a las entidades bancarias de las limitaciones impuestas por la forma pasiva de la toma de decisiones últimas ejercida por sus depositantes. Por lo tanto, refuerza considerablemente la autoridad decisoria última de los bancos frente a sus depositantes. Las tendencias inflacionistas resultantes de la creación de activos tienden a aumentar la proporción de financiación externa frente a la financiación externa en las grandes empresas y, en consecuencia, el poder decisorio último de las instituciones bancarias aumenta en relación con las actividades de las empresas industriales.

El enfoque austriaco se centra en el papel clave que desempeñan los bancos centrales al generar la distorsión de las señales del mercado que lleva a auges y caídas periódicos, el temido ciclo económico que siempre se atribuye a las contradicciones inherentes a un capitalismo sin restricciones.

Pero, de hecho, este capitalismo es todo menos libre. (¡Intente Usted fundar tu propio banco privado y lo verá!). Lo último que quieren los banqueros estadounidenses es un sistema bancario sin restricciones. Rothbard no sólo apunta a la distorsión original del mercado que da lugar al ciclo económico, sino que también identifica la fuente (y los principales beneficiarios) de esta distorsión. Fue Mises quien señaló que la intervención del gobierno en la economía invariablemente conduce a más intervención para "reparar" los estragos causados —y hay una cierta lógica en el hecho de que fueran los culpables originales quienes decidieron "arreglar" las distorsiones e interrupciones causadas por sus políticas con nuevos asaltos al mecanismo del mercado—. Como plantearon Grinler y Hagel:

En los Estados Unidos, esta intervención inicialmente supuso la adopción de medidas esporádicas, tanto a nivel federal como estatal, que generaron distorsión inflacionaria en la oferta monetaria y perturbaciones cíclicas de la actividad económica. Las perturbaciones que acompañaron al ciclo económico fueron un factor importante en la transformación de la ideología dominante en los Estados Unidos y del tránsito desde una adhesión general a las doctrinas del *laissez-faire* a una ideología de capitalismo político que considera al Estado

como un instrumento necesario para la racionalización y estabilización de un orden económico inherentemente inestable.

LOS CAPITALISTAS COMO ENEMIGOS DEL CAPITALISMO

Esto explica el extraño hecho histórico, relatado detalladamente por Rothbard, de que los más importantes capitalistas han sido los enemigos más acérrimos del auténtico capitalismo. Prácticamente todas las supuestas "reformas" sociales de los últimos cincuenta años fueron impulsadas no sólo por "idealistas" de la Izquierda, sino por grandes empresarios caricaturizados como los más odiados y orondos "Reyes económicos" de Wall Street.

La Derecha neoconservadora describe la batalla contra el Gran Gobierno como una lucha maniquea de dos caras entre las fuerzas de la luz (es decir, del capitalismo) y restos de las élites izquierdistas en gran medida desacreditadas. Pero el análisis histórico de Rothbard revela un patrón mucho más rico y complejo: en lugar de ser entre dos facciones, la lucha por la libertad enfrenta por lo menos a tres bandos unos contra otros. Porque los capitalistas, como señalaron John T. Flynn, Albert Jay Nock y Frank Chodorov, nunca fueron partidarios del capitalismo. Como dijo Nock:

Es una de las pocas cosas divertidas en nuestro mundo bastante pesado que aquellos que hoy son más tremendistas respecto del Colectivismo y la amenaza Roja son los mismos que han engatusado, sobornado, halagado y endemoniado al Estado para que diese cada uno de los sucesivos pasos que llevan directamente al Colectivismo. [“Impostor Terms”, Atlantic Monthly, Febrero de 1936].

La política económica del New Deal fue, como Rothbard demostró, preconcebida por Herbert Hoover, campeón de las grandes empresas, y se vio más tarde oscurecida por las reformas de la era Progresiva. Como han demostrado historiadores revisionistas de la Economía, como Gabriel Kolko, quienes regularon a las grandes industrias en nombre de la "reforma" progresiva fueron reclutados de los propios cárteles y alianzas cuyas actividades tenían supuestamente que domesticar.

Y por supuesto, a los monopolistas no les importaba ser domesticados, siempre y cuando sus competidores fueran domesticados (si no eliminados). Cada gigantesco salto hacia adelante hacia la planificación económica y la centralización —la centralización bancaria, el Estado de Bienestar, los "derechos civiles", y la Affirmative Action— fue apoyado, cuando no iniciado, por los mayores y más poderosos intereses empresariales del país. La Casa Morgan, los Rockefeller y los Kuhn Loeb deben ocupar su lugar junto a la Primera, Segunda y Tercera Internacional como enemigos históricos de la libertad.

Las grandes multinacionales y sus satélites económicos, en alianza con los gobiernos y los grandes bancos, están ampliando su influencia a escala mundial: sueñan con un Banco Central mundial, una planificación mundial y un Estado del

Bienestar internacional, con tropas que vigilen el mundo para garantizar sus márgenes de beneficio.

Después de la larga batalla para crear un Banco Central en Estados Unidos, los altos sacerdotes de las altas finanzas finalmente tomaron y consolidaron el control de la política económica interna. Sólo les quedaba extender su dominio a nivel internacional y para ello crearon el Council for Foreign Relations (CFR) (consejo de Relaciones Exteriores) y, posteriormente, la Trilateral Commission (Comisión Trilateral).

Estos dos grupos han sido capturados por la nueva Derecha populista y se han convertido en virtuales encarnaciones de la Élite del Poder, y con razón. Sin embargo, basta leer a Rothbard para que esta visión quede situada en su adecuada perspectiva histórica. Pues la cuestión es que, como Rothbard demuestra, la red CFR/ Trilateral es meramente la última y más reciente encarnación de una tendencia profundamente arraigada en la Historia americana moderna. Mucho antes de que se fundaran el CFR o la Comisión Trilateral, había una élite del poder en este país; esa élite probablemente durará mucho tiempo después de que esas organizaciones se hayan ido o se hayan transmutado en algo distinto. El desenmascaramiento que hace Rothbard de las raíces históricas y económicas de esa tendencia es esencial para entender que no se trata de una "conspiración" centrada en el CFR y los grupos que forman la Trilateral, sino que es una tendencia ideológica tradicionalmente centrada en el Nordeste, entre las clases altas, y que está profundamente enraizada en la Historia norteamericana.

Puse la palabra "conspiración" entre comillas porque se ha convertido en el vocablo favorito de la Derecha respetable y de la Izquierda dedicada a la busca y captura de "extremistas". Si quien expone conspiraciones lo hace porque cree que los seres humanos para lograr sus objetivos económicos, políticos y personales participan en una actividad intencional, entonces los hombres y mujeres que sean racionales deben necesariamente declararse culpables de conspirar. La alternativa consiste en afirmar que la acción humana no tiene propósito, es aleatoria e inexplicable. Desde esta perspectiva, la Historia sería una serie de accidentes discontinuos.

Y sin embargo sería inexacto decir que la visión del mundo que tiene Rothbard es "conspiranoica". Decir que la Casa Morgan estaba involucrada en una "conspiración" para arrastrar a los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, cuando de hecho utilizaba abiertamente todas las estrategias, todas las palancas, tanto económicas como políticas, para empujarnos a "la guerra que iba a acabar con todas las guerras", parece lamentablemente inadecuada. No se trataba de una cábala secreta en una sala de juntas corporativa insonorizada, sino de una "conspiración" de ideas expresadas de manera abierta y vociferante (sobre este punto, téngase en cuenta y subráyese el análisis que hace Rothbard acerca de la fundación de The New Republic como el buque insignia literario de "la creciente alianza para la guerra y el Estatismo" entre los

intereses de Morgan y los intelectuales de la Izquierda —¿No tiene acaso gracia que algunas cosas nunca cambien?)

Una teoría de la conspiración atribuye prácticamente todos los problemas sociales a un solo agente monolítico. El feminismo radical, que atribuye todos los males del mundo a la existencia de los hombres, es una teoría conspirativa clásica; las visiones paranoicas de los ex-comunistas del movimiento conservador, que estaban obsesionados con destruir a sus ex compañeros, fue otra.

Pero la complejidad y la sutileza del análisis Rothbardiano, respaldado por la mera masa de ricos detalles históricos, sitúa a Rothbard en un plano completamente diferente y superior. Aquí no hay un único agente, ni un comité central omnipotente que emite directivas, sino una multiplicidad de grupos de interés y facciones cuyas metas son generalmente congruentes.

En este medio, hay conexiones familiares, sociales y económicas, así como complicidades ideológicas, y nadie descubre y descifra estos detalles biográficos mejor que Rothbard. En su conjunto, las estudiadas y cortas pinceladas del autor pintan un retrato de una clase dominante cuya crueldad solamente se ve superada por su descarada deslealtad hacia la nación.

Es un retrato que permanece sin cambios, en lo esencial, hasta nuestros días. Wall Street, los Bancos y la Política Exterior Norteamericana fue escrito y publicado en 1984, durante los gobiernos de Reagan.

Reagan empezó denunciando a la élite del poder y específicamente al CFR y a los Trilateralistas, pero acabó con el epítome del Establishment, el miembro de la Skull-and-Bonesman ² George Bush de vicepresidente y sucesor.

Bush ha sido durante mucho tiempo director del CFR y miembro de la Trilateral; la mayoría de sus principales funcionarios, incluido su Jefe del Estado Mayor Conjunto, Colin Powell, eran miembros del CFR. La Administración Clinton padeció del mismo mal, desde el presidente (CFR/Trilateral) hacia abajo hasta Donna Shalala (CFR/Trilateral) y George Stephanopoulos (CFR), y el CFR (como de costumbre) plagando a todo el Departamento de Estado. Además del secretario de Estado Warren Christopher, otros miembros del CFR en el gabinete de Clinton fueron: Laura Tyson, presidenta del consejo de Asesores Económicos; el secretario del Tesoro Robert Rubin; el secretario de Interior, Bruce Babbitt; el honorable Henry Cisneros del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano (HUD) y Alice Rivlin, directora de la Oficina para la Gestión del Presupuesto.

Al otro lado del pasillo, al nivel de liderazgo ocurre lo mismo, como se puso dramáticamente de manifiesto cuando Gingrich tuvo que retirarse ante el poder y

² Cráneo y huesos es una asociación secreta de estudiantes de la Universidad de Yale, New Haven, Connecticut. Es la más antigua de Yale. La organización de ex-alumnos de la sociedad, la Russell Trust Association, es propietaria de los bienes raíces de la sociedad y supervisa la organización. La sociedad es conocida informalmente como "Bones", y los miembros son conocidos como "Bonesmen". (N. del T.).

majestad de Henry Kissinger. Uno naturalmente espera que los políticos sean cobardes, pero la acusación también incluye a quienes se considera líderes intelectuales de la "Revolución" republicana de libre mercado.

Hay cierta mentalidad que, por muy convincentes que sean las pruebas, ni siquiera consideraría el argumento presentado en Wall Street, los bancos y la Política Exterior Norteamericana. Esta actitud deriva de una clase particular de cobardía. Es un miedo, en primer lugar, a no ser escuchado, temor a tener que verse relegado al papel de Cassandra, la antigua profetisa griega a quien los Dioses concedieron el poder de prever el futuro con una sola limitación: nadie oiría jamás sus advertencias. Es mucho más fácil, y mucho más lucrativo, desempeñar el papel de historiador de la corte.

Este es un papel que el autor de este escandaloso panfleto nunca habría podido representar, aunque lo hubiera intentado. Porque la verdad (o, al menos, la búsqueda de ella) es mucho más interesante que las historias oficiales y las convenciones del momento. El puro placer que Rothbard experimentó al desentrañar la verdad, al llevar a cabo su vocación como verdadero erudito, es evidente no sólo en cada página del presente trabajo, sino a lo largo de sus 28 libros y miles de artículos y discursos.

Rothbard no temía compartir la suerte de Cassandra porque, en primer lugar, la verdad es un valor en sí mismo, y debe ser defendido por sí mismo. En segundo lugar, la verdad acaba siempre sabiéndose por muchos que sean los esfuerzos por impedirlo.

WALL STREET, LOS BANCOS Y LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

Los hombres de negocios o los que tienen fábricas pueden ser auténticos emprendedores libres o Estatistas; pueden abrirse camino en el mercado libre o buscar favores y privilegios especiales del gobierno. Eligen de acuerdo con sus preferencias y valores individuales. Pero los banqueros están inherentemente inclinados al Estatismo.

En el caso de la banca comercial, los banqueros respaldan sus compromisos con reservas que representan solamente una fracción de todo el crédito que tienen concedido por lo que en el mercado libre se encuentran constantemente al borde de la bancarrota. Por lo que siempre buscan la ayuda gubernamental y sus rescates.

En el caso de la banca de inversión, los banqueros realizan gran parte de sus operaciones suscribiendo bonos del Estado, tanto en Estados Unidos como en el extranjero. Por lo tanto, tienen un interés en promover déficits y forzar a los contribuyentes a reembolsar la deuda pública. Ambos grupos de banqueros, por lo tanto, tienden a estar vinculados a la política del gobierno y tratan de influir y controlar las acciones del gobierno tanto en lo doméstico como en el exterior.

En los primeros años del siglo XIX, el mercado organizado de capitales en Estados Unidos se limitaba en gran medida a los bonos del Estado (entonces llamados "acciones"), junto a las compañías de que construían y explotaban canales y rutas fluviales y a los propios bancos. Cualquiera que fuera la banca de inversión existente, se concentró en la deuda pública. Desde la Guerra Civil hasta la década de 1890, prácticamente no había empresas manufactureras; la fabricación y otros negocios la hacían sociedades de carácter personalista que todavía no habían alcanzado un tamaño suficiente como para necesitar adoptar la forma de sociedad anónima por acciones. La única excepción fueron los ferrocarriles, la mayor industria de los Estados Unidos. Los primeros bancos de inversión, por lo tanto, se concentraron en el negocio de los títulos de las compañías del sector de los ferrocarriles y en los bonos del gobierno.

El primer banco de inversión importante de Estados Unidos fue una criatura nacida del privilegio del gobierno. Jay Cooke, promotor de negocios nacido en Ohio que vivía en Filadelfia, y su hermano Henry, editor del principal periódico republicano en Ohio, eran amigos próximos del senador estadounidense Salmon P. Chase. Cuando la nueva Administración de Lincoln asumió el control en 1861, los Cooke cabildearon intensamente para asegurar a Chase el nombramiento para el cargo de secretario del Tesoro. Ese cabildeo, además de la entonces enorme suma de 100.000 dólares que Jay Cooke invirtió en la carrera política de Chase, indujo a Chase a devolverle el favor concediéndole, nada más establecido éste como banquero de inversión, un

monopolio enormemente lucrativo para la suscripción de toda la deuda pública federal.

Cooke y Chase lograron entonces utilizar el virtual monopolio que los Republicanos tenían en el Congreso durante la guerra para transformar el sistema bancario comercial estadounidense de un mercado relativamente libre a un sistema bancario nacional centralizado por el gobierno federal bajo el control de Wall Street. Un aspecto crucial de ese sistema fue que los bancos nacionales sólo podían expandir el crédito en proporción a los bonos federales que poseían, bonos que se vieron obligados a comprar a Jay Cooke.

Jay Cooke & Co. resultó enormemente influyente en las Administraciones Republicanas de la posguerra, que mantuvieron su monopolio en la suscripción de bonos del gobierno. La Casa de Cook tuvo su merecido destino al ir a la quiebra durante el Pánico de 1874, un fracaso al que contribuyó su gran rival, el entonces denominado Drexel, Morgan & Co. que tenía su sede en Filadelfia.

J. P. Morgan

Después de 1873, Drexel, Morgan y su figura dominante, J.P. Morgan, se convirtieron en la principal empresa de inversión de Estados Unidos. Si Cooke había sido un banco "Republicano", Morgan, aunque prudentemente bien conectado con ambos partidos, fue principalmente influyente entre los Demócratas. El otro gran interés financiero poderosamente influyente en el Partido Demócrata fue la potente casa europea de banca de inversión de los Rothschild, cuyo agente, August Belmont, fue tesorero del Partido Demócrata nacional durante muchos años.

La enorme influencia de los Morgan en las Administraciones Demócratas de Grover Cleveland (1885-89, 1893-97), se puede ver simplemente echando un vistazo a sus dirigentes. El propio Grover Cleveland pasó casi toda su vida en la órbita de Morgan. Hizo carrera en Buffalo como abogado del ferrocarril, uno de sus principales clientes era la New York Central Railroad, que Morgan dominaba. En el interim de sus mandatos se convirtió en socio del poderoso bufete de abogados de la ciudad de Nueva York, Bangs, Stetson, Tracey y MacVeagh. Esta firma, a finales de la década de 1880, se había convertido en la principal empresa de asesoramiento legal de la Casa Morgan, en gran parte porque el socio principal, Charles B. Tracey, era cuñado de J. P. Morgan. Tras la muerte de Tracey en 1887, Francis Lynde Stetson, íntimo amigo de Cleveland desde hacía largo tiempo, se convirtió en el socio dominante de la firma y en el abogado personal de J. P. Morgan (esta firma de Wall Street es hoy el despacho profesional Davis, Polk y Wardwell).

Los gabinetes de Grover Cleveland estuvieron plagados de hombres de Morgan, con una ocasional reverencia a otros banqueros. Considerando a los funcionarios más preocupados por la Política Exterior, su primer secretario de Estado, Thomas F. Bayard, era estrecho aliado y discípulo de August Belmont; de hecho, el hijo de Belmont, Perry, había vivido y trabajado para Bayard en el Congreso donde fue su

asistente principal. El secretario de Estado que lideró la segunda Administración Cleveland fue el poderoso Richard Olney, un destacado abogado al servicio de los intereses financieros de Boston, que siempre estuvo vinculado a los Morgan, que, en particular, sirvió en el consejo de administración de la Boston and Maine Railroad, que Morgan dirigía, y que más tarde le ayudaría a organizar la General Electric Company.

Los Departamentos de la Guerra y de la Marina bajo Cleveland estuvieron también dominados por los banqueros. El secretario de Guerra William C. Endicott se había casado con una Peabody, una familia de clase alta de la ciudad de Boston. El tío de su mujer, George Peabody, había fundado un banco del que el padre de J.P. Morgan era socio principal; y un Peabody había sido padrino de boda de J.P. El cargo de secretario de la Marina recayó en el financiero de la ciudad de Nueva York, William C. Whitney, un amigo cercano y asesor político de Cleveland. Whitney fue estrecho aliado de los Morgan al participar en la gestión del New York Central Railroad.

Secretario de Guerra en el segundo gobierno de Cleveland fue un viejo amigo y ayudante de Cleveland, Daniel S. Lamont, quien con anterioridad había sido empleado y protegido de William C. Whitney. Por último, el segundo secretario de Marina fue un congresista de Alabama, Hilary A. Herbert, abogado y amigo muy cercano de Mayer Lehman, socio fundador de la firma mercantil de Nueva York Lehman Brothers que pronto se dedicaría a la banca de inversión. De hecho, el hijo de Mayer, Herbert, que más tarde sería gobernador de Nueva York durante el New Deal, fue el sucesor de Hilary Herbert.

El gran punto de inflexión de la Política Exterior estadounidense se produjo a principios de la década de 1890, durante la segunda Administración Cleveland. Fue entonces cuando Estados Unidos pasó brusca y permanentemente de una Política Exterior de paz y no intervención a un agresivo programa de expansión económica y política en el extranjero. En el corazón de la nueva política estaban los principales banqueros de Estados Unidos, que querían utilizar la creciente fuerza económica del país para subsidiar y crear por la fuerza mercados a los que exportar, que estaban desosos por financiar nuevos proyectos de inversión y garantizar la deuda pública de las naciones del Tercer Mundo. El principal foco de expansión agresiva en la década de 1890 fue América Latina, y el principal enemigo que había que desalojar era Gran Bretaña, que había dominado las inversiones extranjeras en esa vasta región.

En 1894 una serie notable de artículos de la *Banker's Magazine* estableció el programa a seguir durante el resto de la década. Su conclusión: si "pudiéramos arrancar los mercados sudamericanos a Alemania e Inglaterra y mantenerlos permanentemente, sería una conquista que tal vez merecería un gran sacrificio".

Richard Olney, antiguo asociado de Morgan y secretario de Estado de 1895 a 1897, atendió la llamada y puso a Estados Unidos en la senda hacia al imperio. Tras dejar el Departamento de Estado, resumió públicamente la política que él había seguido. El viejo aislacionismo anunciado en el discurso de despedida de George Washington ha terminado, anunció con voz de trueno. Ha llegado el momento,

declaró Olney, en que "nos conviene aceptar la posición dominante ... de entre los poderes de la tierra". Y "la inmediata necesidad de nuestros intereses comerciales", añadió, "es más y mayores mercados" para los productos norteamericanos, especialmente en América Latina.

Fieles a su palabra, Cleveland y Olney emplearon agresivamente el poder de Estados Unidos para expulsar a Gran Bretaña de los mercados y posiciones que tenía en América Latina. En 1894, la Marina de Estados Unidos rompió ilegalmente por la fuerza el bloqueo impuesto a la ciudad de Río de Janeiro por rebeldes, apoyados por los británicos, que pretendían restaurar la monarquía brasileña. Para asegurar que la rebelión fracasara, la marina de guerra de Estados Unidos situó sus buques de guerra en el puerto de Río durante varios meses.

Durante el mismo período, el gobierno de Estados Unidos se enfrentó a una situación complicada en Nicaragua, donde planeaba garantizar los contratos de la American Maritime Canal Company cuyo objeto consistía en construir un canal que cruzase el país. El nuevo régimen del general Zelaya amenazaba con revocar la concesión de este canal; al mismo tiempo, una reserva independiente de los indios mosquito, protegida durante décadas por Gran Bretaña, se encontraba en el extremo oriental del canal proyectado. Con una serie de maniobras hábiles, usando la Marina y desembarcando a los Marines, Estados Unidos logró que Zelaya claudicara y consiguió expulsar a los británicos y adueñarse del territorio de los Mosquito.

En Santo Domingo (ahora República Dominicana) Francia fue quien recibió el porrazo americano. En 1893, a través de la Santo Domingo Improvement Company, un consorcio de banqueros de Nueva York compró toda la deuda de Santo Domingo a una empresa holandesa, recibiendo el derecho de recaudar todos los ingresos aduaneros dominicanos en pago de la deuda. Los franceses se pusieron nerviosos al año siguiente cuando un ciudadano francés fue asesinado en ese país, y el gobierno francés amenazó con emplear la fuerza para obtener reparaciones. Para ello puso su objetivo en los ingresos de la aduana Dominicana y acto seguido Estados Unidos envió un buque de guerra a la zona para intimidar a los franceses.

Pero la crisis más alarmante de ese período ocurrió en 1895-96, cuando Estados Unidos estuvo a un paso de la guerra real con Gran Bretaña sobre una disputa territorial entre Venezuela y la Guayana Británica. Esa disputa fronteriza duraba ya cuarenta años, pero Venezuela supo atraer astutamente el interés norteamericano mediante concesiones a estadounidenses en los territorios ricos en oro que había en el área en disputa.

Al parecer, Cleveland estaba harto de la "amenaza británica" y se dispuso rápidamente para la guerra. Su amigo íntimo Don Dickinson, jefe del Partido Demócrata de Michigan, pronunció un discurso belicoso en mayo de 1895 mientras sustituía al presidente. Las guerras son inevitables, declaró Dickinson, porque surgen de la competencia comercial entre las naciones. Estados Unidos se enfrenta al peligro de muchos conflictos y, claramente, su enemigo es Gran Bretaña. Tras repasar la

Historia de la supuesta amenaza británica, Dickinson retumbó: "necesitamos y debemos tener mercados abiertos en todo el mundo para mantener y aumentar nuestra prosperidad".

En julio, el secretario de Estado Olney envió a los británicos una nota airada e insultante, declarando que "Estados Unidos es prácticamente soberano en este continente y sus decretos son ley para los sujetos a los que extiende su aplicación". El presidente Cleveland, enojado con el rechazo británico de la nota, en el mes de diciembre entregó al Congreso lo que equivalía a una declaración de guerra, pero Gran Bretaña, que estaba desde hacía poco ocupada con el problema de los Boers en Sudáfrica, decidió ceder y aceptar un acuerdo de compromiso para la delimitación de fronteras. Insultantemente, los venezolanos no recibieron ni un solo puesto en la Comisión acrodada para dicho arbitraje.

En efecto, los británicos, ocupados en otros lugares, habían cedido el dominio a Estados Unidos en América Latina. Había llegado la hora de que Estados Unidos encontrara más enemigos a los que desafiar.

La siguiente y más grande intervención latinoamericana fue, por supuesto, en Cuba, donde un gobierno Republicano entró en la guerra empujada por su ala más nacionalista, que estaba estrechamente aliada a los intereses de Morgan, y dirigida por el joven secretario asistente de la Marina Theodore Roosevelt y por su poderoso mentor y Brahmán de Boston, el senador Henry Cabot Lodge. Pero la intervención estadounidense en Cuba empezó ya durante el régimen de Cleveland-Olney.

En febrero de 1895, estalló una rebelión que luchaba por la independencia cubana frente a España. La respuesta inicial de Estados Unidos consistió en intentar poner fin a la amenaza que la guerra revolucionaria suponía para los intereses de los propietarios estadounidenses apoyando a un gobierno de España que debería dar autonomía de los cubanos para apaciguar así sus deseos de independencia. Aquí tenemos al precedente de lo que sería la Política Exterior de Estados Unidos desde entonces: intentar maniobrar en los países del Tercer Mundo para patrocinar "terceras fuerzas" o intereses "moderados" que realmente no existen. El gran defensor de esta política fue Edwin F. Atkins, productor de azúcar de Cuba, millonario, amigo íntimo de su compañero Bostoniano Richard Olney y socio de J. P. Morgan and Company.

En el otoño de 1895, Olney llegó a la conclusión de que España no podía ganar y que, en vista del "gran e importante comercio entre los dos países" y las "grandes inversiones de capital norteamericano" realizadas en Cuba, Estados Unidos debía dar un giro de 180 grados y respaldar a los rebeldes, aunque ello supusiera reconocer la independencia cubana. El hecho de que tal reconocimiento llevara con certeza a la guerra con España no parecía algo digno de mención. El camino a la guerra con España había comenzado, camino que llegaría a su conclusión lógica tres años después.

Entre quienes respaldaron ardorosamente esa guerra estaban Edwin F. Atkins, y August Belmont, en representación de los intereses bancarios de Rothschild. La Casa de Rothschild, que había financiado durante mucho tiempo a España, se negó a extenderle más crédito y decidió suscribir, en cambio, las emisiones de bonos revolucionarios cubanos hasta el extremo de asumir toda la deuda que no se consiguiera colocar.

Durante la conquista de Cuba en la guerra hispano-americana, Estados Unidos aprovechó también la ocasión para expandir su poder en Asia, conquistando primero el puerto de Manila y después toda Filipinas, tras lo cual pasó varios años aplastando a las fuerzas revolucionarias del movimiento independentista filipino.

Una política de agresión en Asia

El final de la década de 1890 también vio un nuevo giro en la actitud de Estados Unidos hacia el Lejano Oriente. Al expandirse rápidamente hacia el Pacífico en busca de beneficios económicos y financieros, el gobierno de Estados Unidos constató que Rusia, Alemania y Francia habían estado aumentando las concesiones territoriales y económicas aprovechándose de una dinastía imperial china que era prácticamente cadáver. Habiendo llegado tarde al juego imperial en Asia y no estando dispuesto a arriesgarse a tener que utilizar tropas a gran escala, Estados Unidos, a instancias primero de Olney y de los Republicanos después, decidió unirse a Gran Bretaña. Los dos países utilizarían entonces a los japoneses para proporcionar tropas de choque que harían retroceder a Rusia y a Alemania y repartirse las ganancias con sus dos lejanos aliados, en un reparto de botín conocido eufemísticamente como la política de Puertas Abiertas ("Open Doors"). Gran Bretaña dejaba el campo libre a Estados Unidos en América Latina, con lo que éste podía permitirse unir amigablemente sus armas a las de Gran Bretaña en el Lejano Oriente.

El impulso importante hacia una política más agresiva en Asia lo proporcionaron las atractivas concesiones ferroviarias. La empresa estadounidense American China Development Company (ACDC) constituida en 1895 y formada por un consorcio de los principales intereses financieros de Estados Unidos, incluía a James Stillman, del entonces denominado National City Bank, controlado por Rockefeller; Charles Coster, experto en ferrocarriles de J. P. Morgan y Co.; Jacob Schiff, director del Banco de Inversiones de Nueva York Kuhn, Loeb and Co. y Edward H. Harriman, magnate del ferrocarril. Olney y el Departamento de Estado presionaron con fuerza a China para que otorgase concesiones a la ACDC en una línea de ferrocarril entre Pekín y Hankow y en otra línea que debía atravesar Manchuria, pero en ambos casos el sindicato estadounidense se vio bloqueado. Rusia presionó con éxito a China para que le concediera el derecho de construir un ferrocarril manchuriano; y un sindicato belga, respaldado por Francia y Rusia, obtuvo de China la concesión de la línea entre Pekín y Hankow.

Era hora de medidas más severas. El abogado de la ACDC creó el Committee on American Interest in China (Comité de Intereses Americanos en China), que pronto se transformó en la American Asiatic Association (Asociación Asiática Americana), que quería una política estadounidense más agresiva que favoreciese sus intereses económicos en China. Después de ayudar a las potencias europeas a suprimir la rebelión nacionalista de los Boxer en China en 1900, Estados Unidos también ayudó a expulsar a las tropas rusas de Manchuria. Finalmente, en 1904, el presidente Theodore Roosevelt incitó a Japón a atacar a Rusia y Japón logró echar a Rusia de Manchuria y acabar con las concesiones económicas que tenía Rusia. Roosevelt accedió rápidamente al dominio de Japón en Corea y Manchuria, con la esperanza de que Japón también protegería los intereses económicos estadounidenses en la zona.

Theodore Roosevelt había sido un hombre de Morgan desde el principio de su carrera. Su padre y su tío eran ambos banqueros de Wall Street, ambos estrechamente asociados con varios ferrocarriles dominados por Morgan. El mayor de los primos de Roosevelt y su principal asesor financiero, W. Emlen Roosevelt, estaba en el consejo de varios bancos de Nueva York, incluido el Astor National Bank, cuyo presidente era George F. Baker, amigo cercano y aliado de J.P. Morgan y director del buque insignia de Morgan en la banca comercial, el First National Bank of New York. Además, estando en Harvard, el joven Theodore se casó con Alice Lee, hija de George Cabot Lee, y se relacionó con las mejores familias brahmanes de Boston. El que era su pariente, Kinsman Henry Cabot Lodge, pronto se convirtió en su mentor político y lo sería mucho tiempo.

A lo largo del siglo XIX, los Republicanos habían sido principalmente un partido inflacionista de elevados aranceles, mientras que los Demócratas habían sido el partido del libre comercio y del dinero sólido, es decir, del patrón oro. En 1896, sin embargo, las fuerzas inflacionistas radicales encabezadas por William Jennings Bryan se hicieron con la nominación presidencial Demócrata, por lo que los Morgans, previamente dominantes en el Partido Demócrata, enviaron un mensaje al candidato Republicano, William McKinley, por medio de Henry Cabot Lodge. Lodge declaró que los intereses de Morgan apoyarían a McKinley siempre y cuando los Republicanos apoyaran el patrón oro. Por fin habían llegado a un acuerdo.

William McKinley reflejó el predominio que en el Partido Republicano tenían los intereses del tándem Rockefeller-Standard Oil. La Standard Oil había tenido inicialmente sede en la Casa Rockefeller de Cleveland y el magnate del petróleo había tenido durante mucho tiempo una influencia dominante en la política Republicana de Ohio. A principios de la década de 1890, Marcus Hanna, industrial y miembro de la escuela secundaria a la que asistió John D. Rockefeller, se unió a él y a otros financieros para salvar a McKinley de la quiebra y Hanna se convirtió en el principal asesor político de McKinley y en presidente del National Republican Committee (Comité Nacional Republicano). Como premio de consolación a los intereses de Morgan por haber logrado McKinley la nominación Republicana, el hombre de

Morgan, Garret A. Hobart, director de varias de sus compañías, incluido el Liberty National Bank of New York, se convirtió en su Vicepresidente.

La muerte de Hobart en 1899 dejó una "vacante Morgan" en el puesto de Vicepresidente, cuando McKinley entró en la nominación. McKinley y Hanna eran hostiles a Roosevelt, considerándolo "errático" y un "loco", pero después de que varios hombres de Morgan rechazaran la nominación, y después del intenso cabildeo del socio de Morgan George W. Perkins, Teddy Roosevelt finalmente recibió la nominación a la Vicepresidencia. No es de extrañar que prácticamente el primer acto de Teddy después de las elecciones de 1900 fuera lanzar una exuberante cena en honor de J. P. Morgan.

Teddy Roosevelt y el "chiflado solitario".

El asesinato de McKinley a manos de un "chiflado solitario" que aparece de repente y constituye algo tan común en la Historia política americana, llevó a un hombre de Morgan, Theodore Roosevelt (TR), a la Presidencia. John Hay, secretario de Estado expansionista que Roosevelt heredó de McKinley, tuvo la suerte de casar a una hija con el hijo de William C. Whitney, conectado a la gran familia Morgan. El siguiente secretario de Estado de TR y ex-secretario de Guerra fue su viejo amigo Elihu Root, abogado personal de J. P. Morgan. Root nombró como secretario adjunto a un íntimo amigo de TR, Robert Bacon, que era también socio de Morgan, y a su debido tiempo Bacon se convertiría en secretario de Estado de TR. El primer secretario de Marina designado por Theodore Roosevelt fue Paul Morton, vicepresidente de la compañía Atchison, Topeka and Santa Fe Railroad, que Morgan controlaba, y su secretario asistente fue Herbert L. Satterlee, distinguido por ser yerno de J.P. Morgan.

Hay un episodio de apoyo directo a los intereses de Morgan protagonizado por Theodore Roosevelt que es poco conocido. Es bien sabido que en 1903 Roosevelt organizó una falsa revolución en Colombia, creando el nuevo Estado de Panamá y entregando la zona del Canal a Estados Unidos. Lo que no se ha revelado es quién se benefició de los 40 millones de dólares que el gobierno de Estados Unidos pagó, como parte del acuerdo de Panamá, a los dueños de la vieja compañía francesa Panama Canal Company (Compañía del Canal de Panamá) que era insolvente y había conseguido previamente de Colombia una concesión para excavar el canal.

El cabildero de la Panama Canal Company, el abogado de Nueva York conectado a Rockefeller, William Nelson Cromwell, se sentó literalmente en la Casa Blanca para dirigir la "revolución" y organizar el acuerdo final. Ahora sabemos que, en 1900, las acciones de la antigua Compañía Francesa del Canal de Panamá fueron compradas por un sindicato financiero estadounidense dirigido por J. P. Morgan & Co. y que el principal abogado de Rockefeller, el despacho jurídico Francis Lynde Stetson diseñó la operación. El sindicato también incluyó a miembros de los grupos financieros de Rockefeller y de Seligman, Kuhn, Loeb, así como a Perkins y Satterlee.

Al sindicato le fueron bien las cosas con la revolución de Panamá, pues había comprado las acciones a dos tercios del par y las vendió, después de la revolución, por el doble. Uno de los miembros del sindicato que resultó especialmente afortunado fue el cuñado de Teddy Roosevelt, Douglas E. Robinson, director del Astor National Bank de Morgan. William Cromwell fue nombrado agente fiscal de la nueva República de Panamá y colocó rápidamente 6 millones de dólares de los 10 que Estados Unidos había recibido de los revolucionarios panameños en hipotecas de la Ciudad de Nueva York a través de la empresa inmobiliaria del propio Douglas E. Robinson.

Tras el cambio de siglo, se libró una salvaje guerra económica y política entre, de un lado, los intereses de Morgan y, de otro, la alianza formada por Harriman-Kuhn con los intereses de Loeb-Rockefeller. Harriman-Kuhn y Loeb tomaron el control de la Pacific Union Railroad y las dos titánicas fuerzas se batieron para controlar el Pacífico Norte acabando en tablas. También, casi al mismo tiempo, estalló una larga "guerra petrolera", financiera y política mundial entre la Standard Oil, que había sido previamente monopolista tanto del crudo como de los mercados exteriores de Estados Unidos y el floreciente combinado formado por la Royal Dutch Shell y los Rothschild.

Y como los Morgan y Rothschild eran aliados desde siempre, ciertamente es sensato concluir —aunque no haya hechos concretos que así lo demuestren— que Teddy Roosevelt lanzó su política anti-monopolio para romper la Standard Oil y que esa fue su contribución para que Morgan alcanzara la supremacía mundial. Además, la Gulf Oil, propiedad de Mellon, era aliada del combinado Shell-Rothschild, lo que explicaría por qué Philander Knox, Fiscal General de Teddy Roosevelt, y ex-abogado de Morgan y de Mellon, llevara gustosamente a pleito a la Standard Oil.

El sucesor de Roosevelt, William Howard Taft, aunque era un Republicano de Ohio, se alió al bando de Rockefeller y se dispuso a ejecutar su venganza contra los Morgan demandando en sendos casos anti-monopolio a los dos principales conglomerados de Morgan, la International Harvester Company y la United States Steel Corporation. Ahora era una guerra total, por lo que los Morgan en 1912 crearon deliberadamente un nuevo partido, el Progressive Party, encabezado por el ex-socio de Morgan, George W. Perkins. El objetivo de dicho Partido era sacar de la jubilación a Theodore Roosevelt, llevarlo a la presidencia, acabar con Taft y elegir, por primera vez en una generación, a un presidente Demócrata. El nuevo partido fue liquidado poco después.

Entre los partidarios de Roosevelt había muchos financieros de la órbita de Morgan, incluyendo al juez Elbert Gary, presidente del consejo de administración de la U.S. Steel; Medill McCormick de la familia International Harvester Company; y Willard Straight, socio de Morgan. En el mismo año, Straight y su esposa y heredera, Dorothy Whitney, fundaron el semanario de opinión The New Republic que simbolizaba la creciente alianza de los Morgan con progresistas más moderados (o sea, no marxistas) y con intelectuales socialistas para promover la guerra y el Estatismo.

Morgan, Wilson y la guerra

El estratagema ideado por Morgan y el Progressive Party aseguró la elección de Woodrow Wilson como presidente Demócrata. El propio Wilson, hasta casi el momento de postularse a la presidencia, estuvo durante varios años en puestos de dirección de la Mutual Life Insurance Company, que controlaba Morgan. También estuvo rodeado por hombres de Morgan. Su yerno, William Gibbs McAdoo, quien se convirtió en secretario del Tesoro de Wilson, era un empresario fracasado de la ciudad de Nueva York cuando fue rescatado y se hizo amigo de J. P. Morgan y sus asociados. Acto seguido los Morgan le promocionaron como presidente de la New York's, Hudson and Manhattan Railroad hasta su nombramiento en la Administración Wilson. McAdoo pasaría el resto de su carrera financiera y política en el seguro entorno de Morgan.

El patrocinador principal de la carrera de Wilson para la presidencia fue George W. Harvey, director de la editorial Harper & Brothers, controlada por Morgan; otros importantes patrocinadores incluyeron al financiero de Wall Street y asociado de Morgan Thomas Fortune Ryan y al compañero de clase de Wilson y aliado de Morgan, Cyrus H. McCormick, director de la International Harvester Company.

Otro amigo cercano y asesor político de Wilson fue el banquero de la ciudad de Nueva York, George Foster Peabody, perteneciente a la aristocracia de Boston y al servicio de Morgan. Una figura particularmente fascinante en la fatídica Política Exterior de Wilson fue el "Coronel" Edward Mandell House, de la rica familia House de Texas, con profundos vínculos inmobiliarios, comerciales, bancarios y en el sector de los ferrocarriles. House fue durante varios años presidente de la Trinity and Brazos Valley Railway, financiada por la familia House en colaboración con intereses financieros asociados a Morgan, en especial por la Old Colony Trust Company. El misterioso House, aunque nunca tuvo ningún cargo oficial en el gobierno, es generalmente reconocido por haber sido el todopoderoso ayudante y consejero de Wilson en materia de Política Exterior durante la casi totalidad de sus dos mandatos.

En 1914, el imperio de Morgan se encontraba en una situación financiera cada vez más inestable. Los Morgan se habían dedicado durante mucho tiempo al negocio del ferrocarril y con el cambio de siglo los ferrocarriles, que estaban altamente subsidiados y regulados, entraron en un declive perenne. Los Morgan tampoco habían estado suficientemente activos en el nuevo mercado de capitales para valores industriales, que había comenzado en la década de 1890, lo que permitió a Kuhn, Loeb ganar la carrera por lograr el dominio del mercado de financiación de las empresas industriales. Para empeorar las cosas, la New Haven Railroad que Morgan gestionaba y en la que había invertido 400 millones de dólares se declaró en quiebra en 1914.

En un momento de gran peligro financiero para los Morgan, el advenimiento de la Primera Guerra Mundial resultó ser una divina bendición. Durante mucho tiempo conectados con los intereses financieros británicos y los de los Rothschild, los Morgan

se lanzaron a la batalla, asegurando rápidamente la designación de J.P. Morgan & Co. como intermediario en la colocación de deuda pública de los gobiernos beligerantes británicos y franceses y monopolista para la comercialización de sus bonos de guerra en Estados Unidos. J. P. Morgan también se convirtió en el agente fiscal del Banco de Inglaterra, el poderoso banco central inglés. No sólo eso: los Morgan estaban muy relacionados con empresas norteamericanas dedicadas a financiar compras de municiones norteamericanas y que exportaban armas y material de guerra a Gran Bretaña y Francia. J. P. Morgan & Co., además, se convirtió en la autoridad central que organizaba y canalizaba las compras de guerra para las dos naciones aliadas.

Estados Unidos había estado en una recesión aguda durante 1913 y 1914; había mucho desempleo y muchas fábricas estaban funcionando a sólo el 60% de su capacidad. En noviembre de 1914, Andrew Carnegie, íntimo aliado de los Morgan desde que su empresa la Carnegie Steel Corporation se fusionara para formar la United States Steel Corporation, escribió al presidente Wilson lamentando las malas condiciones comerciales, pero esperando felizmente un gran cambio a mejor gracias a las compras de exportaciones estadounidenses.

Efectivamente, las exportaciones de material de guerra aumentaron. Las exportaciones de hierro y acero se quintuplicaron entre 1914 y 1917 y el porcentaje promedio de beneficios de las empresas siderúrgicas entre 1915 y 1917 aumentó del 7,4% al 28,7%. Solamente en 1915, las exportaciones de explosivos a los aliados aumentaron hasta diez veces. En general, de 1915 a 1917, el departamento de exportación de J. P. Morgan y Co. negoció más de 3 mil millones de dólares en contratos a Gran Bretaña y Francia. A comienzos de 1915, el secretario McAdoo escribía a Wilson celebrando la "gran prosperidad" que traían las exportaciones de guerra a los aliados y un destacado comentarista del mundo de los negocios escribía al año siguiente que "la guerra para Europa significa devastación y muerte; para América una cosecha abundante de nuevos millonarios y una frenética y rápida recuperación de la prosperidad".

A los Morgan la venta de bonos aliados y la exportación de municiones les estaba yendo extraordinariamente bien; y sus grandes rivales, Kuhn, Loeb, que eran pro-alemanes, se vieron necesariamente privados de la bonanza que la guerra trajo a los Aliados. Pero había un obstáculo: era imperativo que los Aliados ganaran la guerra. No es de extrañar, por lo tanto, que desde el principio del gran conflicto, J. P. Morgan y sus asociados hicieran todo lo posible para que Estados Unidos, que había permanecido como potencia supuestamente neutral, entrara en la guerra del lado de Inglaterra y Francia. Como dijo el mismo Morgan: "Acordamos que deberíamos hacer todo lo que estaba legalmente en nuestro poder para ayudar a los aliados a ganar la guerra lo antes posible".

Congruentemente, en 1915, Henry P. Davison, socio de Morgan, creó la Aerial Coast Patrol (Patrulla Aérea de la Costa) para conseguir que estuviera en el ánimo del público escrutar los cielos en busca de aviones alemanes. Bernard M. Baruch,

asociado de largo tiempo de los extremadamente ricos magnates del cobre, la familia Guggenheim, financió el Campamento de Entrenamiento de Empresarios, en Plattsburgh, Nueva York, diseñado para impulsar el entrenamiento militar universal y los preparativos para la guerra. También participaron en la financiación del campamento el socio de Morgan Willard Straight y su ex socio Robert Bacon. Además del propio J. P. Morgan, una larga lista de líderes políticos afiliados a Morgan, que incluía a Henry Cabot Lodge, Elihu Root y Theodore Roosevelt, reclamaba entusiásticamente la entrada inmediata de Estados Unidos en la guerra del lado de los Aliados.

Además, en diciembre de 1914 se fundó la National Security League (NSL) (Liga de Seguridad Nacional) para pedir la entrada de Estados Unidos en la guerra contra Alemania. La NSL emitió advertencias sobre una invasión alemana de Estados Unidos, una vez que Inglaterra fuera derrotada, y acusó a todos los defensores de la paz y la no intervención de ser "pro-alemanes", "extranjeros peligrosos", "traidores" y "espías".

La NSL también abogó por el entrenamiento militar universal, el reclutamiento militar y que Estados Unidos acumulara la mayor armada del mundo. Prominente en la organización de la Liga de Seguridad Nacional fueron: Frederic R. Coudert, abogado de Wall Street para los gobiernos británico, francés y ruso; Simon y Daniel Guggenheim; T. Coleman DuPont, de la familia de fabricantes de municiones; y una multitud de destacados financieros cercanos a Morgan, entre los que estaba su ex-socio, Robert Bacon; Henry Clay Frick de la Carnegie Steel; el juez Gary de U.S. Steel; George W. Perkins, socio de Morgan conocido como "el secretario de Estado" de los intereses de Morgan; el ex presidente Theodore Roosevelt; y el propio J. P. Morgan.

Uno de los socios fundadores particularmente interesantes de la NSL fue un hombre que dominó la Política Exterior estadounidense durante el siglo XX: Henry L. Stimson, secretario de Guerra bajo William H. Taft y Franklin D. Roosevelt, y secretario de Estado bajo Herbert Hoover. Stimson, un abogado de Wall Street del ámbito de Morgan, era un protegido del abogado personal de Morgan, Elihu Root, y dos de sus primos eran socios de empresas de suministros públicos (agua, gas y electricidad) que cotizaban en Wall Street, que Morgan dominaba, y eran también socios del banco Bonbright & Co.

Mientras los Morgan y otros intereses financieros estaban haciendo retumbar los tambores de guerra, otros aún tuvieron más influencia a la hora de empujar hacia la guerra al poco reticente Wilson. Uno de ellos fue su asesor en Política Exterior, y protegido del coronel House, Walter Hines Page quien ejercía un gran control sobre Wilson y fue nombrado embajador para la Gran Bretaña. El salario de Page en ese prestigioso e influyente puesto fue generosamente subvencionado, gracias a la mediación del coronel House, por el magnate del cobre Cleveland H. Dodge, un destacado asesor de Wilson, que se benefició enormemente de las ventas de municiones a los aliados.

Al coronel House le gustaba presentarse como un abyecto instrumento de los deseos del presidente Wilson. Pero antes y después de la entrada de Estados Unidos en la Guerra, House manipularía descaradamente a Wilson, en colaboración secreta y traidora con los británicos, para empujarle, primero, a entrar en la guerra, y, después, a seguir los deseos británicos en lugar de establecer un plan norteamericano que fuera independiente.

Así, en 1916, House escribió a su amigo Frank L. Polk, consejero del Departamento de Estado y más tarde consejero de J. P. Morgan, que "al presidente hay que guiarlo" para que no tenga un criterio independiente alejado de los deseos británicos. Mientras asesoraba al primer ministro británico Arthur Balfour sobre cómo manejar mejor a Wilson, House le aconsejó que exagerase las dificultades británicas para obtener más ayuda estadounidense y le pidió que nunca le hablara de negociar la paz. Es más, Balfour filtró al coronel House los detalles de varios Tratados secretos de los Aliados y, como ambos sabían que el ingenuo Wilson no los aceptaría, acordaron ocultarlos al presidente.

Del mismo modo, poco después de que Estados Unidos entrara en la guerra, los británicos enviaron a Estados Unidos, como enlace personal entre el Primer Ministro y la Casa Blanca, al joven jefe de la Inteligencia militar británica, Sir William Wiseman. House y Wiseman establecieron rápidamente una relación de estrecha colaboración en la que House enseñaba al inglés la mejor forma de tratar con el presidente, como "decirle sólo lo que quiere escuchar", nunca discutir con él y descubrir y explotar sus debilidades.

A su vez, el principal agente de la Inteligencia de Gran Bretaña manipuló a House, adulándolo constantemente, y cultivó una estrecha amistad con el coronel, consiguiendo un apartamento en el mismo edificio de la ciudad de Nueva York y viajando juntos al extranjero. William Phillips, secretario de Estado adjunto que se había casado con una Astor, fue otro de los que colaboró con House en su plan para manipular a Wilson con el fin de que éste siguiera las políticas británicas.

Dos fueron los importantes funcionarios estadounidenses que destacaron a la hora de colaborar con House en el suministro de información ilegal a Wiseman y que trabajaron con el agente británico contra Wilson. Uno de ellos fue Walter Lippman, un joven socialista que había sido nombrado por el socio de Morgan Willard Straight como uno de los tres editores de su *New Republic*, una publicación que por supuesto encabezó la lista de intelectuales progresistas y socialistas favorables a la entrada de Estados Unidos en la guerra del lado de los Aliados.

Lippmann pronto asumiría un papel importante en el esfuerzo de guerra: asistente del secretario de Guerra, secretario del grupo secreto de historiadores llamado *The Inquiry*, establecido bajo el Coronel House a finales de 1917 para pactar los términos del armisticio cuando terminara la guerra después. Lippmann dejaría más adelante la organización para viajar a ultramar al servicio de la inteligencia militar norteamericana.

Otro colaborador importante de Wiseman fue el hombre de negocios y erudito George Louis Beer, que estaba a cargo de asuntos coloniales africanos y asiáticos para The Inquiry. Wiseman mostró secretamente documentos británicos sobre colonias africanas a Beer, quien a su vez filtró informes de The Inquiry a la inteligencia británica.

Los sesgados planes del coronel House y de sus jóvenes historiadores de The Inquiry se llevaron a la práctica en los acuerdos de paz de Versalles. Alemania, Austria-Hungría y Rusia fueron cruelmente desmembradas, asegurando así que Alemania y Rusia, una vez recuperadas de la devastación de la guerra, concentrarían sus energías en recuperar sus territorios. De esta manera, las condiciones para una Segunda Guerra Mundial quedaban virtualmente fijadas.

No sólo eso: los Aliados de Versalles aprovecharon el vacío de poder temporal existente en Europa del Este para crear nuevos Estados independientes que funcionarían como Estados clientes de Gran Bretaña y Francia, formarían parte de la red financiera Morgan/Rothschild y ayudarían a contener permanentemente a Alemania y Rusia. Era una tarea imposible para esas nuevas naciones pequeñas, una tarea dificultada por el hecho de que los jóvenes historiadores lograron reescribir el mapa de Europa en Versalles para hacer que los polacos, los checos y los serbios dominaran a todas las demás nacionalidades minoritarias incorporadas a la fuerza en los nuevos países. Estos pueblos subyugados —los alemanes, los ucranianos, los eslovacos, los croatas, los eslovenos, etc.— se convertirían así en aliados seguros de los sueños revanchistas de Alemania y Rusia.

La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial en abril de 1917 impidió una paz negociada entre las potencias beligerantes y llevó a los aliados a una paz de rendición incondicional y desmembramiento, una paz que, como hemos visto, preparó el escenario para la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, la entrada de Estados Unidos en la guerra costó innumerables vidas a ambos bandos, causando al final de la guerra caos y trastornos en toda Europa central y oriental, y el consecuente ascenso al poder del Bolchevismo, del Fascismo y del Nazismo en Europa. De esta manera, la decisión de Woodrow Wilson de entrar en la guerra pudo haber sido la acción más fatídica del siglo XX, causando miseria y destrucción incalculables e interminables. Pero Morgan se aseguró cuantiosas ganancias.

La Reserva Federal: una creación fortuita.

Los ingentes préstamos de Estados Unidos a los Aliados y la subsiguiente entrada de Estados Unidos en la guerra no podrían haber sido financiados por un sistema monetario relativamente sólido basado en el patrón oro como el que existía antes de 1914. De forma fortuita, a finales de 1913 se creó una institución que hizo posible los préstamos y la financiación de la guerra: el Sistema de la Reserva Federal. Al centralizar las reservas y proporcionar a los bancos un prestamista último privilegiado por el gobierno, la Reserva Federal permitió al sistema bancario inflar la moneda y el

crédito, financiar préstamos a los Aliados y reflotar déficits masivos una vez que Estados Unidos entró en la guerra. Además, la aparentemente extraña política de la Fed de crear de la nada un mercado de redescuento al mostrarse dispuesta a descontar efectos a un tipo de descuento subsidiado, permitió a la Fed redescantar giros originados por las exportaciones de municiones.

La Reserva Federal fue el resultado de cinco años de planificación, enmiendas y compromisos entre varios políticos y grupos financieros interesados, liderados por los principales intereses financieros, incluidos los Morgan, los Rockefeller y los Kuhn, Loeb, y los muchos economistas y técnicos que trabajaban a su servicio.

Entre los intereses de Rockefeller destacan el senador Nelson W. Aldrich, suegro de John D. Rockefeller Jr., y Frank A. Vanderlip, vicepresidente del National City Bank de Rockefeller en Nueva York. De Kuhn, Loeb llegó el prominente Paul Moritz Warburg, de la firma alemana de banca de inversión M. M. Warburg and Company. Warburg emigró a Estados Unidos en 1902 para convertirse en socio principal en Kuhn, Loeb & Co., después de lo cual dedicó la mayor parte de su tiempo a impulsar la creación de un banco central en Estados Unidos.

También contribuyó a encender la chispa conducente a un sistema de Reserva Federal Jacob H. Schiff, poderoso director de Kuhn, Loeb con quien Warburg estaba relacionado por matrimonio. En el mundo académico, el prominente economista de la Universidad de Columbia Edwin R. A. Seligman, de la familia de banca de inversión de J. & W. Seligman and Company apoyó y patrocinó a Warburg; Seligman era hermano del cuñado de Warburg.

Los Morgan estaban representados de manera prominente en la planificación y agitación en pro de un Banco Central por Henry P. Davison, socio de Morgan; Charles D. Norton, presidente del First National Bank of New York, un banco de Morgan; A. Barton Hepburn, director del Chase National Bank de Morgan; y Victor Morawetz, abogado y banquero de las filas de Morgan y presidente del consejo de administración de la Atchison, Topeka y Santa Fe Railroad que Morgan controlaba.

Si bien el establecimiento del Sistema de Reserva Federal a finales de 1913 fue el resultado de una coalición de intereses de Morgan, Rockefeller y Kuhn, Loeb, no hay duda de cual era el grupo financiero que controlaba al personal y las políticas de la Fed una vez creada (aunque influiría a la hora de diseñar las políticas de la Fed, Warburg, aún siendo miembro de su consejo de administración, fue descalificado del liderazgo por sus puntos de vista pro-alemanes). El primer consejo de administración de la Reserva Federal, nombrado por el presidente Wilson en 1914, incluía a Warburg; a un hombre de Rockefeller, Frederic A. Delano, tío de Franklin D. Roosevelt y presidente del ferrocarril Wabash Railway que Rockefeller controlaba; y a un banquero de Alabama, que tenía conexiones con Morgan y con Rockefeller.

Por encima de ellos había tres hombres que eran claramente de Morgan y un economista de la Universidad de Berkeley, el profesor Adolph C. Miller, cuya esposa tenía conexiones familiares con Morgan. Los tres hombres de Morgan fueron el

secretario del Tesoro McAdoo; el Controlador de la Moneda John Skelton Williams, un banquero de Virginia y antiguo ayudante de McAdoo en los ferrocarriles de Morgan; y el secretario asistente del Tesoro Charles S. Hamlin, un abogado de Boston que se había casado con una rica familia de Albany que estaba desde largo tiempo conectada con el ferrocarril New York Central Railroad que Morgan dominaba.

Pero más importante que la composición del consejo de administración de la Reserva Federal fue el hombre que se convirtió en el primer Gobernador del Banco de la Reserva Federal de Nueva York y que por sí solo dominó la política de la Fed desde su creación hasta su muerte en 1928. Benjamin Strong, había pasado prácticamente toda su vida profesional y personal en el círculo de los principales asociados de J.P. Morgan. Strong se convirtió en vecino y amigo cercano de tres socios de Morgan, Henry P. Davison, Dwight Morrow y Thomas W. Lamont. Davison, en particular, se convirtió en su mentor, y lo llevó a la Morgan's Bankers Trust Company, donde pronto sucedió a Lamont como vicepresidente y, finalmente, se convirtió en presidente. Cuando se le ofreció a Strong el puesto de Gobernador de la Reserva Federal de Nueva York, fue Davison quien lo persuadió para que aceptara el puesto.

Strong era un entusiasta de la entrada de Norteamérica en la guerra, y su mentor era Davison quien había dirigido el golpe dirigido a conseguir que Morgan fuera nombrado único suscriptor y agente para la colocación de la deuda pública de Gran Bretaña y Francia. Strong se afanó rápidamente en formalizar la colaboración con el Banco de Inglaterra, colaboración que seguiría en vigor a lo largo de los años veinte. El Banco de la Reserva Federal de Nueva York se convirtió en agente extranjero del Banco de Inglaterra y viceversa.

Strong y el hombre que pronto se convertiría en gobernador del Banco de Inglaterra, Montagu Collet Norman, fueron quienes más estrechamente colaboraron en la década de 1920, manteniendo buena parte de sus deliberaciones en secreto y ocultas a la Junta de Gobernadores de la Reserva Federal de Washington. Norman y Strong no sólo se hicieron rápidamente amigos, sino que tenían importantes lazos en la banca de inversión, el tío de Norman había sido socio de la gran empresa bancaria inglesa Baring Brothers y su abuelo socio en el banco internacional Brown Shipley & Co., la rama londinense de la firma Brown Street de Wall Street. Antes de llegar al Banco de Inglaterra, Norman había trabajado en la oficina de Brown Brothers de Wall Street y luego regresó a Londres para convertirse en socio de Brown Shipley.

El principal fruto de la colaboración entre Norman y Strong fue que este último se vió presionado para aceptar inflar la moneda y el crédito en Estados Unidos a lo largo de la década de 1920 con el fin de evitar que las políticas inflacionarias de Gran Bretaña provocaran una salida de su oro con destino a Estados Unidos. La situación de Gran Bretaña se produjo por su insistencia en volver, después de la guerra, al patrón oro asignando a la libra esterlina el valor, entonces muy sobrevalorado, que tenía antes de la contienda en vez de dejar que se devaluara hasta conseguir que sus exportaciones tuvieran precios competitivos en el mercado mundial. Para eso Gran

Bretaña necesitaba convencer a otros países, particularmente a Estados Unidos, para que inflaran su propia moneda y crédito. La conexión Strong-Norman-Morgan funcionó, preparando así el escenario para el gran colapso financiero de 1929-1931.

Cuando la Primera Guerra Mundial llegaba a su fin, los influyentes británicos y estadounidenses decidieron que la colaboración íntima entre los dos países después de la guerra requeriría algo más que una estrecha cooperación entre los bancos centrales. También se necesitaban organizaciones permanentes para promover políticas angloamericanas conjuntas y dominar el mundo de la post-guerra.

La Mesa Redonda

En Inglaterra, Cecil Rhodes había creado una sociedad secreta en 1891 con el objetivo de mantener y expandir el Imperio Británico y volver a incorporar a Estados Unidos al mismo. Al comienzo del siglo XX, la dirección, organización y expansión de la sociedad recayó en el amigo y apoderado de Rhodes, Alfred Lord Milner. El Grupo Milner dominó la planificación nacional en Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y, en particular, la planificación de la política exterior y colonial posterior a la guerra. Personal del Grupo Milner poblaba la delegación de expertos británica que tomó parte en las deliberaciones de Versalles. Para dar respaldo intelectual a la propaganda favorable a esa política, ya en 1910 los hombres de Milner habían creado, en Inglaterra y en el extranjero, unos grupos organizados en torno a la Mesa Redonda.

El primer estadounidense a quien se pidió que se uniera a ella fue George Louis Beer; se fijaron en él porque sus libros criticaban la Revolución Americana y alababan al Imperio Británico del siglo XVIII. Tal lealtad no podía dejarse sin recompensa, por lo que Beer se convirtió en miembro del Grupo en 1912 y en el corresponsal americano de la revista Round Table. Hemos visto el papel pro-británico de Beer como experto colonial en *The Inquiry*. En Versalles fue el principal experto estadounidense en asuntos coloniales y después el Grupo Milner lo propuso para el puesto de director del Departamento de Mandatos de la Sociedad de las Naciones³.

Durante la guerra, Beer junto al historiador anglófilo de la Universidad de Yale George Burton Adams y el poderoso historiador de la Universidad de Columbia, James T. Shotwell, un importante dirigente de *The Inquiry* y director del National Board for Historical Services, órgano dedicado a emitir falsa propaganda para apoyar el esfuerzo de guerra, formaron una sociedad secreta dedicada a fomentar la colaboración anglo-americana. Por último, dirigido por Beer en Estados Unidos y por Lionel Curtis en Inglaterra, al ser quien presidía la Mesa Redonda en Inglaterra, los miembros del equipo de historiadores británico y estadounidense de Versalles aprovecharon la ocasión para fundar una organización permanente que hiciese

³La Sociedad de las Naciones o, extraoficialmente, Liga de las Naciones fue un organismo internacional creado por el Tratado de Versalles, el 28 de junio de 1919. Se proponía establecer las bases para la paz y la reorganización de las relaciones internacionales una vez finalizada la Primera Guerra Mundial.

propaganda de forma informal, si no formalmente, en pro de la reconstitución de un Imperio anglo-americano.

El nuevo grupo, el Institute of International Affairs, se formó en una reunión celebrada en el Hotel Majestic de París el 30 de mayo de 1919. Se formó un comité organizador de seis personas, tres británicos de Milner y tres estadounidenses: Shotwell; el historiador de Harvard Archibald C. Coolidge, director de The Inquiry para Europa Oriental y miembro de la familia financiera de Boston, que estaba muy influenciada por Morgan; y James Brown Scott, abogado de Morgan que escribiría una biografía de Robert Bacon. Del lado británico, el Royal Institute for International Affairs creó un comité para supervisar la redacción de una historia, de varios volúmenes, sobre la Conferencia de Paz de Versailles; el comité se financió gracias a una donación de Thomas W. Lamont, socio de Morgan.

El Council on Foreign Relations (CFR)

Pasó un tiempo hasta que la rama norteamericana del nuevo grupo empezó a trabajar. Finalmente, el todavía inactivo American Institute for International Affairs se fusionó con un grupo de hombres de negocios neoyorquinos preocupados por el mundo de la post-guerra, organizando un club gastronómico para escuchar a visitantes extranjeros. Esta organización, el Council on Foreign Relations (CFR), tuvo como presidente honorario al abogado de Morgan Elihu Root, mientras que Alexander Hemphill, presidente de la Morgan Guaranty Trust Company, presidió su comité de finanzas. En agosto de 1921, las dos organizaciones se fusionaron formando el nuevo Council on Foreign Relations, Inc., una poderosa organización que incluía a banqueros, a abogados y a intelectuales.

Mientras que varios intereses financieros estaban representados en la nueva organización, el CFR estaba dominado por Morgan, de arriba a abajo. El presidente honorario era Elihu Root. El presidente fue John W. Davis, Abogado de Wilson, y ahora consejero principal de J.P. Morgan & Co. Davis se convertiría en candidato presidencial Demócrata en 1924. El secretario y tesorero del nuevo CFR fue el historiador económico de Harvard Edwin F. Gay, director de planificación y estadística de la Shipping Board durante la guerra, y ahora editor del Evening Post de Nueva York, propiedad de su mentor, el socio de Morgan Thomas W. Lamont.

Fue Gay quien tuvo la idea de fundar Foreign Affairs, la revista trimestral del CFR, y quien propuso a su colega de Harvard, Archibald Coolidge, como primer editor, y al reportero del New York Post, Hamilton Fish Armstrong, como editor asistente y director ejecutivo del CFR. Otros prominentes integrantes del nuevo CFR fueron: Frank L. Polk, ex-subsecretario de Estado y ahora abogado de J. P. Morgan & Co; Paul M. Warburg de Kuhn, Loeb; Otto H. Kahn de Kuhn, Loeb; el ex-subsecretario de Estado bajo Wilson, Norman H. Davis, un asociado bancario de los Morgan; y como vicepresidente a Paul D. Cravath, socio principal del bufete de abogados de Wall Street, Cravath, Swaine y Moore, que estaba bajo la órbita de Rockefeller.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el CFR pasó a ser dominado por Rockefeller más que por los intereses de Morgan, un cambio de poder que reflejaba una alteración general del poder financiero en el mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial, el ascenso del petróleo a la prominencia llevó a los Morgan y Rockefeller —en otro tiempo intensos rivales— a formar un Establishment del Este del país en el que el clan de los Rockefeller sería el socio mayoritario y el de los Morgan el minoritario.

Rockefeller, Morgan y la guerra

Durante los años treinta del siglo XX, los Rockefeller se esforzaron mucho en conseguir una guerra contra Japón, puesto que consideraban que los nipones competían con ellos enérgicamente por los recursos de petróleo y caucho en el sudeste asiático y ponían en peligro los sueños de los Rockefeller de un gigantesco "mercado chino" para sus productos petrolíferos. Por otra parte, los Rockefeller adoptaron una posición no intervencionista en Europa, donde mantenían estrechas relaciones financieras con firmas alemanas como I. G. Farben y Co., y muy pocas con Gran Bretaña y Francia. Los Morgan, por el contrario, como de costumbre, profundamente comprometidos en sus relaciones financieras con Gran Bretaña y Francia, volvieron a verse premiados con una guerra contra Alemania, mientras que su interés por el Lejano Oriente era mínimo. De hecho, el embajador estadounidense en Japón, Joseph C. Grew, antiguo socio de Morgan, fue uno de los pocos funcionarios de la Administración de Roosevelt genuinamente interesados en hacer la paz con Japón.

Por tanto, la Segunda Guerra Mundial podría considerarse, hasta cierto punto, como una guerra de coaliciones: los Morgan consiguieron su guerra en Europa, los Rockefeller la suya en Asia. Con la llegada de la Segunda Guerra Mundial, hombres de Morgan como Lewis W. Douglas y Dean G. Acheson (un protegido de Henry Stimson), que habían dejado la primera Administración de Roosevelt descontentos porque les repugnaban sus blandas políticas monetarias y su nacionalismo económico, volvieron alegremente a rugir al servicio del gobierno. Nelson A. Rockefeller, por su parte, se convirtió en jefe de las actividades latinoamericanas durante la Segunda Guerra Mundial y se aficionó a gobernar.

Tras la Segunda Guerra Mundial, a la unión formada por Rockefeller-Morgan y Kuhn Loeb, esto es al Establishment de la costa Este, no le iban a permitir gozar de su indiscutible supremacía financiera y política durante mucho tiempo. Empresas de Cowboys del Oeste, del llamado Sun belt, audaces petroleros y constructores de Texas, Florida y del Sur de California comenzaron a desafiar la supremacía política del Establishment "Yankee" del Este. Aunque ambos grupos eran partidarios de la Guerra Fría, los Cowboys eran más nacionalistas, más halcones y estaban menos inclinados a preocuparse por lo que sus aliados europeos pensarán. También estaban mucho menos dispuestos a rescatar al Chase Manhattan Bank y a otros bancos de Wall

Street, controlados por Rockefeller, que habían concedido imprudentes préstamos a países del Tercer Mundo y a países Comunistas y que esperaban que el contribuyente estadounidense —vía impuestos o imprimiendo dólares— pagaran el pato.

Debe quedar claro que el nombre del partido político en el poder es mucho menos importante que las conexiones financieras y bancarias del régimen particular. El poder ejercido durante tanto tiempo en Política Exterior por Henry A. Kissinger, consejero personal en materia de Relaciones Exteriores de Nelson Rockefeller es un testimonio de la importancia del poder financiero —Kissinger fue descubierto por un veterano estadista, John J. McCloy, que estaba al servicio del todopoderoso Chase Manhattan Bank de Rockefeller—. Lo mismo cabe decir del éxito obtenido por Kissinger y el presidente del Chase Manhattan, David Rockefeller, a la hora de convencer a Jimmy Carter para que permitiera entrar en Estados Unidos al depuesto Sha de Irán —precipitando así la humillante crisis de rehenes—.

A pesar de algunas diferencias de matiz, está claro que el desafío inicialmente proclamado por Ronald Reagan al poder del tándem Rockefeller-Morgan en el Council on Foreign Relations y en la Comisión Trilateral, creada por el primero, se ha desvanecido y que el "gobierno permanente" sigue mandando independientemente del partido que ostente nominalmente el poder. Como resultado, el tan esperado consenso de "política exterior bipartidista" impuesto por el Establishment desde la Segunda Guerra Mundial parece que sigue firme.

David Rockefeller, presidente del consejo del banco de su familia, el Chase Manhattan Bank, desde 1970 hasta hace poco, creó la Comisión Trilateral en 1973, con el respaldo financiero del CFR y la Fundación Rockefeller. Joseph Kraft, columnista sindicado de Washington, que tiene la distinción de ser un miembro del CFR y de la Trilateral, ha descrito con precisión el CFR como una "Escuela de Estadistas", que "se acerca a ser un órgano de lo que C. Wright Mills ha llamado la Power Elite —un grupo de hombres que tiene intereses y puntos de vista semejantes, que configuran acontecimientos de posiciones invulnerables entre bastidores"—. La idea de la Comisión Trilateral era internacionalizar el diseño de políticas para lo que una comisión formada por un pequeño grupo de líderes de empresas multinacionales, políticos y expertos en Política Exterior de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, se reunirían con el fin de coordinar la Política Económica y la Política Exterior de sus respectivas naciones.

Tal vez la figura más poderosa en Política Exterior desde la Segunda Guerra Mundial, un consejero querido por todos los presidentes, es el octogenario John J. McCloy. Durante la Segunda Guerra Mundial, McCloy prácticamente dirigía el Departamento de Guerra como Asistente del viejo secretario Stimson; fue McCloy quien presidía la reunión en la que se tomó la decisión de reunir e internar a todos los norteamericanos de ascendencia japonesa en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, y es prácticamente el único estadounidense que aún justifica esa acción.

Antes y durante la guerra, McCloy, un discípulo del abogado Stimson de Morgan, se movió en la órbita de Morgan; su cuñado, John S. Zinsser, estaba en el consejo de administración de J. P. Morgan & Co. durante la década de 1940. Pero, reflejando el cambio de poder de la posguerra de Morgan a Rockefeller, McCloy se movió rápidamente a la órbita de Rockefeller. Se convirtió en socio del bufete de abogados de Wall Street, Milbank, Tweed, Hope, Hadley & McCloy, que durante mucho tiempo había servido a la familia Rockefeller y al Chase Bank como asesor legal.

Desde entonces pasó a ser presidente de la Junta Directiva del Chase Manhattan Bank, director de la Fundación Rockefeller, y del Rockefeller Center, Inc., y finalmente, desde 1953 hasta 1970, presidente del consejo del Council on Foreign Relations. Durante el gobierno de Truman, McCloy fue presidente del Banco Mundial y luego Alto Comisionado de Estados Unidos para Alemania. También fue asesor especial del presidente John F. Kennedy sobre Desarme y presidente del Comité Coordinador de Kennedy sobre la Crisis Cubana. Fue McCloy quien "descubrió" al profesor Henry A. Kissinger para que se uniera a las fuerzas de Rockefeller. No es de extrañar que John K. Galbraith y Richard Rovere hayan apodado a McCloy "Mr. Establishment".

Si echamos una mirada a los que dirigieron la Política Exterior desde la Segunda Guerra Mundial revelará el poder del banquero de la élite. El primer secretario de Defensa de Truman fue James V. Forrestal, ex-presidente de la firma de banca de inversión Dillon, Read & Co., muy unida al grupo financiero Rockefeller. Forrestal también había sido miembro de la Junta Directiva de Chase Securities Corporation, una filial del Chase National Bank.

Otro secretario de Defensa de Truman fue Robert A. Lovett, socio de la poderosa casa de inversión de Nueva York, Brown Brothers Harriman. Compatibilizando su cargo de secretario de Defensa, Lovett continuó siendo fideicomisario de la Fundación Rockefeller. El secretario de la Fuerza Aérea Thomas K. Finletter fue un abogado corporativo de Wall Street y miembro de la junta directiva del CFR mientras servía en el gabinete. Como embajador en la Rusia soviética, embajador en Gran Bretaña y secretario de Comercio en el gobierno de Truman estuvo el poderoso millonario W. Averell Harriman, una fuerza a menudo subestimada pero dominante en el Partido Demócrata desde los días de Franklin Delano Roosevelt. Harriman era socio de Brown Brothers Harriman.

También fue embajador en Gran Bretaña bajo Truman Lewis W. Douglas, cuñado de John J. McCloy, administrador de la Fundación Rockefeller y miembro del Council on Foreign Relations. Después de Douglas como embajador en la Corte de St. James estuvo Walter S. Gifford, presidente de la junta directiva de AT&T, y miembro del consejo de administración de la Fundación Rockefeller durante casi dos décadas. embajador en la OTAN bajo la dirección de Truman fue William H. Draper, Jr., vicepresidente de Dillon, Read & Co.

También influyente en la tarea de ayudar a la Administración Truman a organizar la Guerra Fría fue el director de personal del Departamento de Estado, Paul H. Nitze.

Nitze, cuya esposa era miembro de la familia Pratt, asociada a la familia Rockefeller desde los orígenes de Standard Oil, había sido vicepresidenta de Dillon, Read & Co.

Cuando Truman entró en la Guerra de Corea, creó el Office of Defense Mobilization (Oficina de Movilización para la Defensa) para dirigir la economía interior durante la guerra. Su primer director fue Charles E. Wilson, a la sazón presidente de una compañía que Morgan controlaba, la General Electric (y por ello apodado "Electric Charlie") y quien también fue miembro del consejo de administración de la Morgan Guaranty Trust Company. Sus dos ayudantes más influyentes fueron Sidney J. Weinberg, socio principal ubicuo de la firma de banca de inversiones de Wall Street Goldman Sachs & Co., y el ex-general Lucius D. Clay, presidente de la junta directiva de Continental Can Co. y uno de los directores de la Lehman Corporation.

Sucediendo a McCloy como presidente del Banco Mundial, y continuando en ese puesto a lo largo de los dos mandatos de Dwight Eisenhower, estuvo Eugene Black. Black había servido durante catorce años como vicepresidente del Chase National Bank y fue Winthrop W. Aldrich, cuñado de John D. Rockefeller Jr. y presidente del consejo del banco quien le convenció para que aceptara el cargo del Banco Mundial. La Administración de Eisenhower demostró ser pan comido para los intereses de Rockefeller. Siendo presidente de la Universidad de Columbia, Eisenhower fue invitado a cenas de alto nivel donde se reunió con los principales líderes del ámbito de Rockefeller y de Morgan que le prepararon para asumir la presidencia; entre ellos estaban el presidente de la junta directiva de la Standard Oil de New Jersey de Rockefeller, los de otras grandes compañías petroleras, como la Standard of California y Socony Vacuum, y el vicepresidente ejecutivo de J.P. Morgan & Co.

Una de esas cenas fue organizada por Clarence Dillon, el millonario fundador, entonces jubilado, de Dillon, Read & Co., entre los invitados estaban, presidente de la junta directiva de J.P. Morgan & Co. y d Russell C. Leffingwell el CFR (antes de McCloy); John M. Schiff, socio senior de la banca de inversión Kuhn, Loeb & Co.; el financiero Jeremiah Milbank, director del Chase Manhattan Bank; y John D. Rockefeller Jr. Incluso antes, en 1949, Eisenhower ya había sido presentado a través de un grupo especial de estudios a figuras claves del CFR. El grupo de estudio ideó un plan para crear una nueva organización llamada la American Assembly —en esencia un grupo de estudio ampliado del CFR— cuya principal y acreditada misión era desarrollar las posibilidades de que Eisenhower alcanzara la Presidencia. Un líder del comité "Citizens for Eisenhower", que más tarde se convirtió en embajador de Ike en Gran Bretaña, fue el multimillonario John Hay Whitney, descendiente de varias familias adineradas, cuyo abuelo, Oliver H. Payne, había sido uno de los asociados de John D. Rockefeller Sr. en la fundación de la Standard Oil Company. Whitney dirigía sus propios intereses inversores, J. H. Whitney & Co., y más tarde se convirtió en editor del New York Herald Tribune.

La Política Exterior durante la Administración Eisenhower fue dominada por la familia Dulles, encabezada por el secretario de Estado John Foster Dulles, quien

también había concluido el tratado de paz con Japón bajo Harry Truman. Dulles había sido durante treinta años socio principal de la firma de abogados de Wall Street, Sullivan & Cromwell, cuyo cliente más importante era la Standard Oil Company of New Jersey de Rockefeller. Dulles había sido durante quince años miembro del consejo de administración de la Fundación Rockefeller y antes de asumir el cargo de secretario de Estado había sido presidente de la junta directiva de esa institución. Lo más importante es el hecho poco conocido de que la esposa de Dulles era Janet Pomeroy Avery, una prima hermana de John D. Rockefeller Jr. Al frente de la super secreta CIA, la Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia), durante los años de Eisenhower, estuvo el hermano de Dulles, Allen Welsh Dulles, quien también era socio de Sullivan y Cromwell. Allen Dulles había sido fideicomisario del CFR y había servido como presidente del mismo de 1947 a 1951. Su hermana, Eleanor Lansing Dulles, fue directora de la oficina que el Departamento de Estado tuvo abierta en Berlín durante esa década.

En la primavera de 1959 el ex-gobernador de Massachusetts Christian A. Herter fue nombrado subsecretario de Estado sucediendo en el cargo a John Foster Dulles. La esposa de Herter, como la de Nitze, era miembro de la familia Pratt. De hecho, el tío de su esposa, Herbert L. Pratt, había sido durante muchos años presidente o presidente de la junta directiva de la Standard Oil Company of New York. Uno de los primos de la señora Herter, Richardson Pratt, había servido como tesorero adjunto de la Standard Oil Company of New Jersey hasta 1945. Además, uno de los tíos de Herter, un médico, había sido durante muchos años tesorero del Instituto Rockefeller de Investigación Médica.

A Herter le sucedió como subsecretario de Estado el embajador de Eisenhower en Francia, C. Douglas Dillon, hijo de Clarence, y él mismo presidente de la Junta Directiva de Dillon, Read & Co. Dillon pronto se convertiría en uno de los administradores de la Fundación Rockefeller.

Quizás para proporcionar algún equilibrio a su coalición de banqueros y empresarios, Eisenhower nombró como secretario de Defensa a tres hombres de la órbita de influencia de Morgan en vez de la de Rockefeller. Wilson era presidente de General Motors, miembro de la junta directiva de J.P. Morgan & Co. El sucesor de Wilson, Neil H. McElroy, era presidente de Proctor & Gamble Co. Su presidente del consejo, R.R. Deupree, era también director de J.P. Morgan & Co. El tercer secretario de Defensa que había sido subsecretario y secretario de Marina con Eisenhower, era Thomas S. Gates Jr. que había sido socio de la banca de inversión conectada a Morgan Drexel & Co. Cuando Gates se retiró como secretario de Defensa, se convirtió en presidente del recién formado buque insignia de la banca comercial al servicio de los intereses de Morgan, la Morgan Guaranty Trust Co.

El empresario texano Robert B. Anderson sirvió como secretario de la Marina y luego secretario adjunto de Defensa (y como secretario del Tesoro más tarde) bajo Eisenhower. Después de dejar el Departamento de Defensa, Anderson se convirtió en

miembro de la junta de la compañía estadounidense Overseas Investing Co. controlada por Rockefeller y, antes de convertirse en secretario del Tesoro, pidió prestados 84.000 dólares a Nelson A. Rockefeller para comprar acciones de la International Basic Economy Corporation de Nelson.

director de la importante Atomic Energy Commission (Comisión de Energía Atómica) durante los años de Eisenhower fue Lewis L. Strauss. En 1950, Strauss se había convertido en asesor financiero de la familia Rockefeller, luego también se convirtió en miembro de la junta directiva de Rockefeller Center, Inc.

Una fuerza poderosa en la toma de decisiones sobre Política Exterior era el National Security Council (consejo de Seguridad Nacional) en el que estaban los hermanos Dulles, Strauss y Wilson. Particularmente importante es el puesto de asesor de seguridad nacional del presidente. El primer asesor de seguridad nacional de Eisenhower fue Robert Cutler, presidente de la Old Colony Trust Co., el mayor fondo de inversión que existe fuera de la ciudad de Nueva York. Old Colony era una filial del First National Bank of Boston.

Después de dos años en el máximo puesto de la seguridad nacional, Cutler regresó a Boston para convertirse en presidente de la junta del Old Colony Trust, regresando después de un tiempo a un cargo en la seguridad nacional durante dos años más. En el interim, Eisenhower nombró sucesivamente a dos consejeros de seguridad nacional. El primero fue Dillon Anderson, un abogado mercantil de Houston, que trabajó para varias compañías petroleras. Particularmente significativa fue la posición de Anderson como presidente del consejo de una pequeña pero fascinante empresa de Connecticut llamada Electro-Mechanical Research, Inc. Electro-Mechanical estuvo estrechamente asociada con ciertos financieros de Rockefeller; por ello, uno de sus directores fue Godfrey Rockefeller, socio de la firma de banca de inversión Clark, Dodge & Co.

Después de más de un año, Anderson renunció a su puesto en la seguridad nacional y fue reemplazado por William H. Jackson, de la firma de inversiones de J.H. Whitney & Co. Antes de asumir su poderosa posición, Dillon Anderson había sido uno de los varios hombres que sirvieron como consultores especiales en el National Security Council. Otro asesor especial fue Eugene Holman, presidente de la Standard Oil Company of New Jersey de Rockefeller.

Podemos mencionar dos importantes acciones de Política Exterior de la Administración Eisenhower que parecen reflejar la notable influencia del personal directamente vinculado a los banqueros y a los intereses financieros. En 1951, en Irán el régimen de Mohammed Mossadegh decidió nacionalizar las plantas petrolíferas de propiedad británica de la Anglo-Iranian Oil Company. Ante semejante situación no pasó mucho tiempo sin que la recién constituida Administración de Eisenhower interviniese. El director de la CIA y ex abogado de Standard Oil Allen W. Dulles viajó a Suiza para organizar el derrocamiento encubierto del régimen de Mossadegh, su envió a prisión y la restauración del Sha en el trono de Irán.

Tras largas negociaciones secretas, la industria petrolera volvió a asumir la compra y el refinado del crudo iraní. Pero esta vez el escenario había cambiado significativamente. En lugar de que los británicos obtuvieran todo el pastel del petróleo, su participación se redujo al 40 por ciento en un nuevo consorcio petrolero en el que había cinco compañías estadounidenses (Standard Oil of New Jersey, Socony-Vacuum, anteriormente Standard Oil of New York y ahora Mobil-Standard Oil of California, Gulf y Texaco) que se quedaban con otro 40 por ciento.

Más tarde se reveló que el secretario de Estado Dulles limitó estrictamente que compañías petroleras estadounidenses independientes y más pequeñas podrían tener una mayor participación en ese consorcio. Por recompensar los intereses de Rockefeller, el hombre de la CIA que dirigió la maniobra, Kermit Roosevelt, recibió su premio convirtiéndose rápidamente en vicepresidente de la Gulf Oil Corp. de Mellon.

El Golpe de Guatemala

Tras el reciente éxito de la CIA en Irán, el gobierno de Eisenhower volvió su atención a Guatemala, donde el régimen de izquierda de Jacob Arbenz Guzmán había nacionalizado 234.000 acres de tierra sin cultivar, propiedad del mayor terrateniente de la nación, la estadounidense United Fruit Company que importaba alrededor del 60 por ciento de todos los plátanos que llegaban a Estados Unidos.

Arbenz también anunció su intención de apoderarse de otras 173.000 hectáreas de tierra inculca que la United Fruit tenía a lo largo de la costa caribeña. A finales de 1953, Eisenhower encargó a la CIA la misión de organizar una contrarrevolución en Guatemala. Bajo la dirección del ex-abogado de Wall Street Frank Wisner de la CIA, la Agencia lanzó una exitosa invasión de Guatemala, encabezada por el exiliado Coronel Castillo Armas, que pronto derrocó al régimen de Arbenz y lo reemplazó con una junta militar. El programa de nacionalización de tierras de Arbenz fue abolido y la mayor parte de las propiedades expropiadas fueron devueltas a la United Fruit Company.

Allen W. Dulles tenía conexiones financieras con United Fruit y con varias azucareras que también habían sufrido la expropiación de tierras del régimen de Arbenz. Durante varios años, cuando era socio de Sullivan & Cromwell, Dulles había sido miembro del consejo de la J. Henry Schroder Banking Corporation, empresa que estaba bajo el control de Rockefeller. Entre los miembros del consejo de administración de Schroder durante 1953 estuvieron Delano Andrews, socio de Sullivan & Cromwell que había tomado el puesto de Dulles en el consejo; George A. Braga, presidente de la Manati Sugar Company; Charles W. Gibson, vicepresidente de la Air Reduction Company afiliada a Rockefeller; y Avery Rockefeller, presidente de la entidad bancaria Schroder, Rockefeller, & Co. que estrechamente vinculada a Rockefeller. Los miembros de la junta directiva de Manati Sugar, entre tanto, eran Alfred Jaretski, Jr., otro socio de Sullivan & Cromwell; Gerald F. Beal, presidente de J. Henry Schroder y presidente del consejo de administración de la International

Railways of Central America; y Henry E. Worcester, recientemente retirado como ejecutivo de la United Fruit.

Por otra parte, United Fruit era accionista mayoritario de International Railways, mientras que, como en el caso de Beal, la presidencia del consejo de administración de International Railways había estado durante mucho tiempo en manos de un alto ejecutivo de Schroder. Los estrechos vínculos entre la United Fruit, Schroder e International Railways también pueden verse en el hecho de que, en 1959, el cargo de presidente del consejo de administración de International Railways recayese en James McGovern, abogado general de United Fruit. International Railways, de hecho, llevaba la mayor parte de la fruta que la United producía en Guatemala del interior del país al puerto. Además, durante ese período Whitney H. Shepardson, ex-vicepresidente de la International Railways, fue un socio muy cercano de Dulles, además de fideicomisario y ex-tesorero del Council on Foreign Relations.

No sólo eso: Robert Cutler, consejero de Seguridad Nacional del presidente en el momento del golpe contra Arbenz, tenía muy estrechos vínculos con la United Fruit. Y lo que aún es más relevante, el jefe de Cutler en Old Colony Trust, el presidente del consejo T. Jefferson Coolidge, también fue presidente del consejo de administración de la United Fruit. De hecho, muchos miembros del consejo de United Fruit, una empresa con sede en Boston, también estaban en el consejo de Old Colony o en el de su matriz, el First National Bank of Boston.

Además, durante el período de planificación del golpe de Estado guatemalteco y hasta algunos meses antes de que, en 1954, tuviera éxito, el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos fue John Moors Cabot, un conocido halcón anti-Arbenz. El hermano de Cabot, Thomas D., era ejecutivo de United Fruit y miembro del consejo de administración del First National Bank of Boston.

El Council on Foreign Relations desempeñó un papel importante en la invasión guatemalteca. Comenzó en el otoño de 1952, cuando Spruille Braden, ex-subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos y luego consultor de United Fruit, encabezó un grupo en el CFR para estudiar la inestabilidad política en América Latina. John McClintock, un ejecutivo de United Fruit fue quien presidió la primera reunión del grupo CFR-Braden. El ex-ministro de Relaciones Exteriores y secretario de Estado Adjunto Adolf A. Berle Jr., participante en el grupo de estudio, registró en su diario que Estados Unidos debería dar la bienvenida al derrocamiento del gobierno de Arbenz y señaló que "estoy preparando una entrevista con Nelson Rockefeller (que desempeñó el cargo de subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos durante la Segunda Guerra Mundial) quien conoce la situación y puede trabajar un poco con el general Eisenhower".

Al frente de la operación guatemalteca estuvo el presidente Eisenhower, que era personalmente miembro del CFR al igual que lo eran Allen Dulles, John M. Cabot y Frank Wisner, el hombre responsable del golpe y subdirector de planificación de la CIA. De las doce personas del gobierno de Estados Unidos identificadas como

involucradas al más alto nivel en el caso guatemalteco, ocho eran miembros del CFR o lo estarían en unos pocos años. Entre ellos estaban, además de los mencionados, Henry F. Holland, que sucedió a Cabot en el puesto de secretario de Estado Adjunto en 1954; el subsecretario de Estado Walter Bedell Smith, ex-director de la CIA; y el embajador en la ONU Henry Cabot Lodge.

En diciembre de 1953 el Committee on International Policy (Comité de Política Internacional) de la National Planning Association on the Guatemalan Situation (Asociación Nacional de Planificación sobre la situación en Guatemala) hizo público un informe para ir preparando el terreno para el golpe. Al frente de ese comité estaba Frank Altschul, secretario y vicepresidente del CFR y socio de la entidad bancaria internacional Lazard Frères, así como director del Chase National Bank y presidente de la General American Investor Corp., firma controlada en gran parte por Lehman Brothers. El informe Altschul, firmado por veintidós miembros del comité, de los cuales quince eran miembros del CFR, advirtió que "la infiltración comunista en Guatemala" era una amenaza para la seguridad del Hemisferio Occidental e insinuó que probablemente sería necesaria una acción drástica para hacer frente a dicha amenaza.

Involucrado en las acciones más drásticas estuvo el secretario de Estado John Foster Dulles, quien estando en la firma Sullivan and Cromwell había representado en una ocasión a la United Fruit en la negociación de un contrato con Guatemala. El subsecretario de Estado Walter Bedell Smith, quien después de dejar el gobierno, se convirtió en director de la United Fruit, al igual que Robert D. Hill que participó en la operación de Guatemala por su condición de embajador en Costa Rica. Por otra parte, el futuro presidente de Guatemala, Miguel Ydigoras Fuentes, dijo que su propia cooperación en el golpe contra Arbenz la consiguió Walter Turnbull, ex-ejecutivo de United Fruit, quien cuando le fue presentado iba acompañado por dos agentes de la CIA.

John Fitzgerald Kennedy (JFK) y el Establishment.

Cuando John F. Kennedy asumió el cargo de presidente, la primera persona a la que se dirigió para que le asesorase en Política Exterior fue a Robert A. Lovett, socio de Brown Brothers, Harriman, a pesar de que Lovett había apoyado a Richard Nixon. Kennedy pidió a Lovett que eligiera cualquiera de los tres puestos más importantes de su Gabinete —Departamento de Estado, de Defensa o del Tesoro—, pero el enfermo y envejecido Lovett rechazó el ofrecimiento. Sin embargo, a instancias de Lovett, Kennedy eligió como secretario de Estado a Dean Rusk, presidente de la Fundación Rockefeller, puesto que había adquirido debido al fuerte respaldo de John Foster Dulles. Subsecretario de Estado fue Chester Bowles, un fideicomisario de la Fundación Rockefeller; Bowles fue reemplazado pronto por el abogado mercantil George Bail, quien más tarde se convertiría en socio y gerente principal de Lehman Brothers.

Para el puesto de secretario de Defensa, Kennedy eligió a Robert S. McNamara, presidente de Ford Motor Company. Una fuerza influyente en el nombramiento de McNamara fue el respaldo de Sidney J. Weinberg, socio de la firma de banca de inversión Goldman, Sachs, & Co. y poderoso recaudador de fondos para el Partido Demócrata. Weinberg era miembro del consejo de administración de Ford Motor Company. Tal vez aún más importante era la conexión íntima de Ford con la banca de inversión Lehman Brothers, que tenía desde hacía mucho tiempo gran peso en el partido; en ese momento, cinco altos ejecutivos de Ford se sentaron en el consejo del One William Street Fund un fondo de inversión recientemente constituido por Lehman Brothers.

El secretario de la Fuerza Aérea era Eugene Zuckert, presidente del consejo de administración de la pequeña empresa de Pittsburgh, Nuclear Science and Engineering Corp., controlada por la poderosa Lehman Brothers. Antes de irse a esa empresa, Zuckert había sido miembro de la Atomic Energy Commission (AEC); el ex-comisionado de la AEC, Gordon Dean, que había precedido a Zuckert como presidente del consejo en Nuclear Science and Engineering Corp., también era socio de Lehman Brothers.

Consejero general del Departamento de Defensa, que pronto se convertiría en secretario del Ejército, fue el abogado mercantil de Wall Street, Cyrus Vance, que más tarde sería secretario de Estado con Carter. El bufete de abogados Vance, Simpson, Thacher and Bartlett, representaba a Lehman Brothers y a los fabricantes Hanover Trust Co. Además, la esposa de Vance pertenecía a la rica familia W. y J. Sloane de Nueva York; su suegro, John Sloane, había sido director de la United States Trust Co.

Secretario del Tesoro del gobierno de Kennedy fue C. Douglas Dillon, de Dillon, Read y de la Fundación Rockefeller. Dillon no vio ningún problema en servir durante ocho años como embajador en Francia y como funcionario del Departamento de Estado durante la Era Eisenhower, para pasar después al Gabinete Demócrata de Kennedy. Al igual que Lovett, él también fue elegido a pesar de haber sido un gran colaborador en la campaña de Nixon de 1960.

En el poderoso puesto de asesor de seguridad nacional, Kennedy seleccionó al Decano de la Universidad de Harvard, Dean McGeorge Bundy, que había sido parte de un equipo de alto nivel en Política Exterior que había asesorado a Thomas B. Dewey en la campaña de 1948, un equipo prácticamente dominado por Rockefeller, encabezado por John Foster Dulles y que incluía al hermano de éste, Allen Dulles, a C. Douglas Dillon y a Christian Herter. Después, Bundy trabajaría para el Council on Foreign Relations.

Bundy había nacido en una acomodada familia perteneciente a la casta de los Lowell de Boston, su madre había sido una Lowell. Su padre, Harvey H. Bundy, era socio de una de las principales firmas de abogados de Boston, Choate, Hall & Stewart, alto cargo del Foreign Bondholders Protective Council (consejo de Protección de los Bonos Extranjeros) y director del Merchants National Bank of Boston. El hermano de

McGeorge, William, un alto funcionario de la CIA, estaba casado con la hija del ex-secretario de Estado Dean Acheson, cuya hermana Katherine se había casado con un miembro de la socialmente prominente familia Auchinchloss, la familia de Jacqueline Kennedy.

La fuerte influencia de Rockefeller en la Política Exterior de Kennedy se ve mejor en el hecho de que el nuevo presidente mantuviera a Allen W. Dulles como jefe de la CIA. Fue a instancias de Dulles que Kennedy decidió seguir adelante con la desastrosa invasión de la Bahía de Cochinos, en Cuba, que la CIA había planeado. El régimen de Fidel Castro había nacionalizado recientemente un gran número de compañías azucareras de propiedad estadounidense. Cabe señalar que el antiguo bufete de abogados de Dulles, Sullivan & Cromwell, ejerció como abogado general de dos de estas grandes compañías azucareras, la Francisco Sugar Co. y la Manati Sugar Co., y que uno de los miembros de estas empresas era Gerald F. Beal, presidente del Banco J. Henry Schroder, de la órbita de Rockefeller, del que Dulles había sido director.

No solo eso. John L. Loeb, del banco de inversiones Loeb, Rhoades, cuya esposa era miembro de la familia bancaria Lehman, poseía un gran paquete de acciones de la nacionalizada Compañía Azucarera Atlántica del Golfo, una gran plantación cubana de azúcar, mientras que uno de los directores de esta última empresa era Harold F. Lindner, vicepresidente de la General American Investors Company, dominada por los bancos de inversión Lehman Brothers y Lazard Frères. Lindner fue nombrado presidente del Export-Import Bank por el presidente Kennedy.

Después del fiasco de la Bahía de Cochinos, Dulles fue reemplazado como jefe de la CIA por el industrial John A. McCone de la costa Oeste, que también tenía la capacidad de servir a las Administraciones de cualquiera de los partidos con la misma facilidad. Subsecretario de la Fuerza Aérea bajo Truman y jefe de la Atomic Energy Commission con Eisenhower, McCone fue presidente de la Bechtel-McCone Corporation y representa la primera gran incursión de los intereses internacionales de la constructora Bechtel en la política estadounidense. McCone también era miembro del consejo del California Bank of Los Angeles y de la Standard Oil Company of California.

La CIA también estuvo muy involucrada en esta época en el movimiento de secesión de corta vida de la provincia de Katanga en el antiguo Congo belga. Una de las compañías estadounidenses más importantes de Katanga, y una de las principales promotoras del movimiento de secesión, fue la Anglo-American Corporation of South Africa, uno de cuyos socios era el magnate de la minería Charles W. Engelhard. El banquero de inversiones de Engelhard era Dillon, Read, la empresa familiar del secretario del Tesoro de Kennedy, C. Douglas Dillon.

Hemos visto que Mr. Establishment, John J. McCloy, el hombre de Rockefeller, sirvió como asesor especial de Kennedy para el desarme. Cuando en el otoño de 1961 se creó la Agencia para el Control de Armamentos y el Desarme de Estados Unidos su primer director fue William C. Foster, ex-subsecretario de Estado y de Defensa bajo

Truman. Hasta ese momento Foster había servido como alto ejecutivo de la Olin Mathieson Chemical Corp. y luego como presidente del consejo de la United Nuclear Corp. dominada por Rockefeller. Foster también fue director del CFR.

Kennedy mantuvo a Eugene Black al frente del poderoso Banco Mundial, otro hombre de Rockefeller. Cuando Black alcanzó la edad de jubilación en 1962, fue reemplazado por George D. Woods, presidente del consejo del destacado banco de inversión First Boston Corporation. Woods tenía muchas conexiones con los intereses de Rockefeller, entre otros había sido director de la Chase International Investment Corp., de la Fundación Rockefeller y de otros intereses de Rockefeller.

Dos importantes acciones de política exterior de la Administración Kennedy fueron la Crisis de los Misiles de Cuba y la escalada de la guerra en Vietnam. Kennedy fue asesorado durante la crisis de los misiles cubanos por un grupo ad hoc llamado Ex Comm, que incluyó, junto a sus principales asesores oficiales en Política Exterior, a Robert A. Lovett y a John J. McCloy. En la guerra de Vietnam, Kennedy trajo como embajador a Vietnam del Sur a un destacado miembro de la aristocracia de Boston y adscrito a la órbita de Morgan, Henry Cabot Lodge, que había sido embajador de Eisenhower en Naciones Unidas y que se había postulado para el puesto de vicepresidente de Nixon en 1960. Prácticamente la última decisión política de John F. Kennedy en Política Exterior fue dar luz verde a Lodge y a la CIA para derrocar, y asesinar, al presidente de Vietnam del Sur Ngô Đình Diệm.

Lindon B. Johnson (LBJ) y la Élite del Poder

La Política Exterior de Lyndon B. Johnson viene marcada por su decisión de intensificar el conflicto de Vietnam hasta convertirlo en una guerra a gran escala (aunque no declarada) y por las crecientes divisiones que sobre la guerra hubo entre la élite del poder financiero. Johnson conservó en sus puestos a Rusk, McNamara, a McCone y a Lodge. Pero en Política Exterior, en particular respecto a la guerra de Vietnam, las recién nombradas “palomas” fueron espantadas y sustituidas por “halcones”. Así, William Bundy se convirtió en secretario de Estado adjunto para los Asuntos del Lejano Oriente, convirtiéndose al mismo tiempo en director del CFR. Por otra parte, el cada vez más crítico W. Averell Harriman fue despedido en el cargo de subsecretario de Estado.

Cyrus Vance continuó como secretario del Ejército de Johnson; cuando fue ascendido al puesto de secretario adjunto de Defensa, fue sustituido por su viejo amigo y compañero de habitación en la Universidad de Yale, Stanley R. Resor. Resor era socio del gran bufete de abogados de Wall Street, Debevoise, Plimpton, Lyons and Gates y cuñado del economista y banquero Gabriel Hauge, presidente de Manufacturers Hanover Trust y tesorero del CFR.

Resor se había casado con una mujer perteneciente a la familia Pillsbury de Minneapolis, prominente en el sector de la harina, y que había estado relacionada durante mucho tiempo con la compañía matriz del grupo, la Northwest

Bancorporation. Después de que Vance se retirase como subsecretario adjunto de Defensa para volver a la práctica jurídica, fue reemplazado por el secretario de Marina de Johnson, Paul Nitze —partidario de la línea dura y ex socio del bufete Dillon, Read —, cuya esposa era miembro de la familia Pratt conectada con Rockefeller.

En julio de 1965 se celebró una reunión importante en la que se decidió escalar la guerra de Vietnam. A dicha reunión asistieron el propio Johnson, funcionarios y militares por él designados y tres asesores no oficiales que jugaron un papel clave: Clark M. Clifford, presidente del President's Foreign Intelligence Advisory Board (consejo Asesor del presidente en materia Inteligencia Exterior); un abogado de General Electric Co. dominada por DuPont y por Morgan; Arthur H. Dean, socio de Sullivan & Cromwell, bufete al servicio de Rockefeller, y director del CFR; y el omnipresente John J. McCloy.

Poco después de esa reunión, se formó un distinguido comité nacional de figuras de la élite del poder para respaldar las políticas agresivas del presidente Johnson en Vietnam. El presidente del comité fue Arthur H. Dean; otros miembros fueron Dean Acheson; Eugene Black, quien, después de retirarse como presidente del Banco Mundial, volvería a ser director del Chase Manhattan; Gabriel Hauge de Manufacturer's Trust y el CFR; David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank y vicepresidente del CFR; y dos miembros de la junta directiva de AT&T, William B. Murphy y James R. Killian, Jr. De hecho, de los 46 miembros de este comité pro-Guerra de Vietnam, 19 eran prominentes empresarios, banqueros o abogados mercantiles. Más tarde, cuando Johnson necesitó aumentar los impuestos para suministrar más fondos para el esfuerzo de guerra, seleccionó a trece hombres de negocios para dirigir el esfuerzo de cabildeo.

Un aspecto fascinante de la Administración Johnson fue la fuerte influencia de hombres conectados con la poderosa casa de banca de inversión Demócrata Lehman Brothers. El primer subsecretario de Estado de Johnson, George Ball, que se marchó por su creciente desilusión con la guerra de Vietnam, se convertiría más tarde en un socio clave de Lehman Brothers. El asesor no oficial más influyente de Johnson fue Edwin L. Weisl, un abogado de Nueva York que era socio de Cyrus Vance en el bufete Simpson, Thacher & Bartlett. No solamente era esa firma de abogados la que con carácter general prestaba asesoramiento jurídico a Lehman Brothers, sino que el propio Weisl fue apodado por la revista *Fortune* como "el duodécimo socio de Lehman". Weisl tenía una gran influencia en Lehman y ocasionalmente se sentaba en las reuniones de la junta de accionistas. También se le tuvo por el amigo más íntimo de su socio senior Robert Lehman, y se sentó en el consejo de administración del One William Street Fund, que Lehman controlaba.

Otro muy cercano e influyente asesor de Johnson, que mantuvo consistentemente una línea dura con respecto a la guerra de Vietnam, fue su viejo amigo Abe Fortas, un abogado de Washington y veterano del New Deal. Durante los años de Johnson, Fortas fue director, vicepresidente y consejero general de

GreatAmerica Corp., con sede en Texas, una gigantesca compañía que controlaba a varias compañías de seguros, a Braniff Airways y a dos bancos, entre ellos el First Western Bank y el Trust Co. of California.

Durante el mismo período, Fortas fue también director y vicepresidente de la compañía de grandes almacenes Federated Department Stores. Tanto Federated como GreatAmerica tenían vínculos estrechos con Lehman Brothers. Fred Lazarus, Jr., un alto cargo de Federated, se sentó en el consejo de administración de One William Street Fund, controlado por Lehman, junto con Edwin Weisl. Y los dos únicos no texanos en la junta directiva de GreatAmerica Corp. fueron William H. Osborn, Jr., de Lehman Brothers, y Gustave L. Levy, socio del cercano banco de inversión de Wall Street, Goldman, Sachs & Co. Goldman, Sachs fue el principal asesor financiero de los intereses petroleros Murchison Texas, un grupo al que Lyndon Johnson estaba personalmente vinculado.

Finalmente, después de que en 1967 el halcón Henry Cabot Lodge se retirase del puesto de embajador en Vietnam del Sur, fue sustituido por Ellsworth Bunker. Bunker, que había sido presidente de la National Sugar Refining Company, sirvió como embajador en varios países durante la Administración Eisenhower y más tarde, con Johnson, como embajador ante la Organización de Estados Americanos (OEA). Bunker estaba conectado a John L. Loeb, el pariente de Lehman que encabezó la firma de banca de inversión Carl M. Loeb, Rhoades & Co. Loeb colocó a Bunker en la junta directiva de Curtis Publishing Co. después de obtener el control de esa firma para Loeb, Rhoades. Loeb también instaló al hijo de Bunker, John, como presidente de Curtis. Además, el hermano menor de Ellsworth Bunker, Arthur, había servido como director de la Corporación Lehman y del One William Street Fund de Lehman hasta su muerte en 1964.

Bunker sirvió a Johnson como embajador ante la OEA al tiempo que simultaneaba su cargo en la National Sugar Refining Company. A finales de 1965, Bunker jugó un papel crucial en la invasión de la República Dominicana decidida por Johnson, una intervención en una guerra civil dominicana cuyo objetivo era impedir una victoria de las fuerzas de Izquierda que supuestamente representaban una amenaza terrible para las compañías azucareras estadounidenses de esa república. Como emisario del presidente Johnson en la República Dominicana justo después de la invasión, Bunker jugó un papel decisivo al conseguir llevar a la presidencia del país al conservador Héctor García Godoy.

Sin embargo, el empantanamiento de la guerra de Vietnam hizo que se fuera progresivamente extendiendo la división en la élite del poder. Los golpes infligidos por la ofensiva de Tet de enero de 1968, ablandaron a Robert McNamara con lo que fue reemplazado como secretario de Defensa por Clark Clifford, un hombre de la línea dura, y McNamara maniobró con gracia para hacerse cargo del Banco Mundial. Pero, tras conocer la situación, Clifford también se volvió crítico con la guerra por lo que el 22 de marzo de 1968 Johnson convocó una crucial reunión de su altamente influyente

Grupo Asesor Superior e Informal sobre Vietnam, conocido como los "Hombres Sabios" y formado por sus principales asesores en materia de asuntos exteriores.

Johnson quedó atónito al descubrir que sólo Abe Fortas y el general Maxwell Taylor seguían siendo partidarios de la línea dura. Arthur H. Dean, Cabot Lodge, John J. McCloy y el ex-general Omar Bradley adoptaron una confusa posición intermedia, mientras que todas las demás figuras de élite como Dean Acheson, George Ball, McGeorge Bundy, C. Douglas Dillon y Cyrus Vance eran ahora firmemente contrarios a la guerra.

Como David Halberstam contó en su libro "The Best and the Brightest", esos líderes de la élite del poder "le hicieron saber a (Johnson) que fue el Establishment — sí, Wall Street— quien lanzó esa guerra ... estaba perjudicando a la economía, dividiendo al país, enfrentando la juventud a las mejores tradiciones del país". LBJ supo que había llegado su hora. Sólo unos días después, anunció que no iba a postularse para la reelección y ordenó lo que sería el inicio de la salida de Estados Unidos de Vietnam.

Los objetivos de Política Exterior de la Administración Nixon tuvieron un decidido sello Rockefeller. El secretario de Estado William P. Rogers era un abogado de Wall Street que había estado activo en el ala liberal del Partido Republicano de Nueva York que dominaban el tándem Dewey-Rockefeller. De hecho, Thomas E. Dewey fue el principal patrocinador de Rogers para el puesto en el Departamento de Estado.

Dewey había desarrollado toda su carrera política sirviendo a los intereses de Rockefeller, hubo un incidente, que recibió una publicidad desacostumbrada, y lo deja dramáticamente patente: en año electoral, Winthrop W. Aldrich, pariente de Rockefeller, presidente del Chase National Bank, literalmente ordenó al Gobernador Dewey acudir a su oficina de Wall Street y presentarse a la reelección. El gobernador, que había anunciado previamente su retiro y regreso a la práctica privada, obedeció mansamente. Además, el socio de bufete de Rogers, John A. Wells, había sido durante mucho tiempo uno de los principales asesores políticos de Nelson Rockefeller y su director de campaña en las presidenciales de 1964.

Los cargos de segundo nivel del Departamento de Estado de Nixon fueron ocupados por figuras de la élite financiera. Así, los siguientes hombres fueron sucesivamente subsecretarios de Estado (después de 1972, secretarios adjuntos) en la Casa Blanca de Nixon:

- Elliot L. Richardson, socio de un bufete de abogados mercantiles de Boston y director de la New England Trust Co. un hombre cuyo tío, Henry L. Shattuck, había sido director del New England Merchants National Bank y de la Mutual Life Insurance Co. of New York.
- John N. Irwin II, socio de una firma de abogados de Wall Street (Patterson, Belknap & Webb), asociado desde hacía mucho tiempo a los intereses de Rockefeller, y cuya esposa era hermana de los hermanos Watson de IBM.

- Kenneth Rush, presidente de Union Carbide Corp., y uno de los directores de la Bankers Trust Co. of New York.
- Robert S. Ingersoll, presidente de la junta directiva de Borg-Warner Corp. y director del First National Bank of Chicago.
- Nathaniel Samuels, subsecretario de Estado para Asuntos Económicos de Nixon, era también socio del banco de inversión Kuhn, Loeb & Co. y director de International Basic Economy Corp., que Rockefeller controlaba.

Henry A. Kissinger

Pero, por supuesto, la figura dominante en Política Exterior durante las Administraciones de Nixon y Ford no fue William Rogers, sino Henry A. Kissinger, quien fue nombrado asesor de Seguridad Nacional y pronto se convertiría virtualmente en el único protagonista en la materia, reemplazando oficialmente a Rogers como secretario de Estado en 1973.

Kissinger era prácticamente "Mr. Rockefeller". En su condición de científico político de Harvard, Kissinger había sido descubierto por John J. McCloy, que le hizo director de un grupo del CFR para estudiar la amenaza soviética en la era nuclear. Pronto fue nombrado director de un proyecto especial de estudios de Política Exterior del Rockefeller Brothers Fund, y de ahí pasó a ser durante más de una década el principal asesor en Política Exterior de Nelson Rockefeller.

Sólo tres días antes de aceptar el puesto en la Administración Nixon, Rockefeller le dio a Kissinger 50.000 dólares para aliviar las cargas fiscales de su cargo oficial. Nixon y Kissinger volvieron a escalar la guerra de Vietnam bombardeando secretamente y luego invadiendo Camboya en 1969 y 1970; podían estar seguros de que Ellsworth Bunker, a quien Nixon mantuvo de embajador en Vietnam del Sur hasta el final de la guerra, cumpliría con su papel.

Aparte de la Guerra de Vietnam, la principal aventura política de la Administración Nixon fue el derrocamiento, por parte de la CIA, del régimen marxista de Allende en Chile. Las empresas estadounidenses controlaban alrededor del 80 por ciento de la producción de cobre de Chile, y el cobre era, con diferencia, la principal exportación de Chile. En las elecciones de 1970, la CIA canalizó un millón de dólares a Chile en un intento fallido de derrotar a Allende. El nuevo régimen de Allende procedió a nacionalizar grandes empresas estadounidenses, entre ellas Anaconda y Kennecott Copper y la Chile Telephone Co., una gran empresa de servicios públicos que era una filial de ITT (International Telephone and Telegraph Co.).

Aconsejada por Henry Kissinger y ITT, durante los siguientes tres años la CIA canalizó 8 millones de dólares a Chile, en un esfuerzo final por derrocar el régimen de Allende que tuvo éxito. Particularmente útil en este esfuerzo fue John A. McCone, el industrial de la costa Oeste que Johnson había mantenido al frente de la CIA. McCone era ahora miembro del consejo de ITT y seguía en permanente contacto con la CIA en calidad de consultor de la misma para la cuestión chilena. El presidente

Nixon mantuvo a Richard Helms como jefe de la CIA y sus puntos de vista pudieron haberse visto influenciados por el hecho de que su abuelo, Gates W. McGarrah, había sido el director del Mechanics and Metals National Bank of New York, director de Bankers Trust y presidente de la junta directiva del poderoso Federal Reserve Bank of New York.

De los 8 millones de dólares invertidos en Chile por la CIA, más de 1,5 millones de dólares fueron asignados al más importante diario de la oposición chilena, El Mercurio, publicado por el rico empresario Augustin Edwards. Edwards era también, no por casualidad, vicepresidente de Pepsico, una compañía encabezada por el íntimo amigo del presidente Nixon, Donald M. Kendall. La transacción fue organizada en una tranquila reunión de desayuno en Washington, organizada por Kendall, e incluyó a Edwards y a Henry Kissinger. Tras el exitoso derrocamiento de Allende por parte de una junta militar en septiembre de 1973, el primer Ministro de Economía, Desarrollo y Reconstrucción fue Fernando Leniz, alto cargo del diario El Mercurio, que también formó parte del directorio de la filial chilena de la International Basic Economy Corp. controlada por Rockefeller.

Richard Nixon también estableció, por primera vez, relaciones diplomáticas con la China comunista. Nixon fue instado a dar ese paso por un comité de destacados empresarios y financieros interesados en promover el comercio y las inversiones en China. El grupo incluyó a Kendall, a Gabriel Hauge, presidente de Manufacturers Hanover Trust Co., a Donald Burnham, director de Westinghouse, y a David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank.

El primer enviado a China fue el veterano David K. E. Bruce, figura de la élite y diplomático que se había casado con una Mellon y que había servido en altos cargos diplomáticos en todas las Administraciones desde Harry Truman. Después de que Bruce se convirtiera en embajador en la OTAN, fue reemplazado en dicho puesto por George H. W. Bush, un petrolero de Texas que había servido brevemente como embajador ante las Naciones Unidas. Más importante que las conexiones petroleras de Bush en Texas fue el hecho de que su padre, el senador de Connecticut Prescott Bush, era socio de Brown Brothers, Harriman.

La Comisión Trilateral

En julio de 1973 se produjo un acontecimiento que tendría un impacto crítico en la Política Exterior e Interior de Estados Unidos. David Rockefeller instituyó la Comisión Trilateral, una organización más elitista y exclusiva que el CFR que incluía a estadistas, empresarios e intelectuales de Europa Occidental y Japón.

La Comisión Trilateral no sólo estudió y diseñó políticas, sino que empezó a colocar a sus miembros en altos puestos del gobierno. El secretario y coordinador norteamericano de la Trilateral fue George S. Franklin, Jr., quien había sido durante muchos años director ejecutivo del CFR. Franklin había sido compañero de habitación de David Rockefeller en la Universidad y se había casado con Helena Edgell, una prima

de Rockefeller. Henry Kissinger era por supuesto un miembro clave de la Trilateral y el científico político de la Universidad de Columbia, Zbigniew Brzezinski, quien también había sido recientemente nombrado director del CFR, se convirtió en su jefe de personal.

El presidente Ford mantuvo a Kissinger como secretario de Estado y director de Política Exterior. El principal asesor de Kissinger durante los años de la presidencia de Ford fue Robert S. Ingersoll, miembro de la Trilateral procedente de la Borg-Warner Corp. y el First National Bank of Chicago. En 1974, Ingersoll fue sustituido como secretario de Estado adjunto por Charles W. Robinson, un hombre de negocios y miembro de la Trilateral.

Como embajador en Gran Bretaña —y luego transferido a varios otros puestos— estuvo Elliot Richardson, ahora miembro de la Trilateral y director del CFR. George Bush, también de la Trilateral, siguió de embajador en China y más tarde sería nombrado director de la CIA. Fue reemplazado en la Embajada por Thomas S. Gates, Jr., jefe del buque insignia de los Morgan, el Morgan Guaranty Trust Co. Mientras, Robert McNamara seguía presidiendo el Banco Mundial. En 1975, Stephen M. DuBrul, Jr., se convirtió en presidente del Export-Import Bank y se distinguió por el hecho de ser socio tanto de Lehman Brothers como de Lazard Frères.

James Earl Carter y su Administración fueron criaturas casi enteramente engendradas por la Comisión Trilateral. A principios de los años 70, la élite financiera buscaba a un gobernador de Izquierdas de algún Estado sureño con probabilidades de ser instalado en la Casa Blanca. Estaban considerando a Reubin Askew y a Terry Sanford, pero se fijaron en el oscuro gobernador de Georgia, Jimmy Carter. Su decisión se vio enormemente facilitada porque Jimmy venía muy recomendado.

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que "Atlanta" ha sido durante decenios sinónimo de Coca-Cola, la gran corporación multimillonaria que durante mucho tiempo ha estado en el centro de la élite del poder político y económico de Atlanta. El abogado de Jimmy Carter de toda la vida, su íntimo amigo y mentor político, era Charles Kirbo, socio senior de la firma de abogados mercantiles King & Spalding de Atlanta.

King & Spalding había sido durante mucho tiempo la firma de asesoría general de Coca-Cola y también de la poderosa firma financiera The Trust Co. of Georgia, conocida por largo tiempo en Atlanta como "el banco de Coca-Cola". El octogenario Robert W. Woodruff, quien durante largo tiempo había sido muy influyente en la política de Georgia, era el presidente de Coca-Cola desde hacía muchos años. Con Kirbo de su lado, Jimmy Carter pronto se ganaría el completo respaldo político de los intereses de Coca-Cola.

Entre los que contribuyeron financieramente a la campaña de Carter en las primarias Demócratas de 1971 para el puesto de gobernador estuvieron: John Paul Austin, poderoso presidente del consejo de administración de Coca-Cola y tres vicepresidentes de Coca-Cola, entre ellos Joseph W. Jones, asistente personal de

Robert Woodruff. Si Pepsi era una empresa republicana, Coke había sido durante mucho tiempo prominente en el Partido Demócrata; así, James A. Farley, que durante mucho tiempo había sido el director del Comité Nacional Demócrata, fue durante treinta y cinco años presidente de la Coca-Cola Export Company.

En 1971, Carter fue presentado a David Rockefeller por su amigo J. Paul Austin, quien debía convertirse en miembro fundador de la Comisión Trilateral. Austin estuvo conectado por mucho tiempo con los intereses de Morgan y fue director del Morgan Guaranty Trust Co. y de Morgan General Electric Co. Otros antiguos partidarios políticos de Jimmy Carter fueron los hermanos Gambrell, David y E. Smyth, de una familia que era un importante accionista en la Eastern Air Lines que Rockefeller dominaba. De hecho, el bufete de abogados Gambrell se encargaba del asesoramiento jurídico de Eastern. Esa firma también contribuyó a formar la conexión Carter-Rockefeller.

Durante el mismo período, Carter también fue presentado al poderoso Hedley Donovan, editor en jefe de la revista Time, quien también iba a ser uno de los fundadores de la Trilateral. A Rockefeller y a Donovan les gustó lo que vieron y Carter también fue recomendado a la Trilateral por el Comité de Atlanta del Council on Foreign Relations.

Jimmy Carter fue invitado a convertirse en miembro de la Comisión Trilateral poco después de su creación, y aceptó con entusiasmo. ¿Por qué los Trilateralistas nombraban a un oscuro gobernador de Georgia que tenía pocos conocimientos en Asuntos Exteriores? Ostensiblemente porque querían escuchar las opiniones de un gobernador del Sur. Es mucho más probable que lo quisieran preparar para la Presidencia y quisieran darle formación en Trilateralismo. Carter aprendió bien la lección y escribiría más tarde acerca las muchas horas felices que pasó sentado a los pies del director ejecutivo de la Trilateral y experto en relaciones internacionales Zbigniew Brzezinski.

Más que dinero, lo que el desconocido Carter necesitaba para su campaña de 1975-76, si quería convertirse en presidente, era que los medios de comunicación le dieran una extensa y favorable cobertura. La recibió de los medios del Establishment influenciados por la Trilateral, liderados por los columnistas sindicados de Time, Hedley Donovan y de la Trilateral, Joseph Kraft y Carl Rowan.

Entre los principales partidarios de Carter en Nueva York, que sirvieron en el Comité de Wall Street para Carter u organizaron reuniones en su nombre, estuvieron Roger C. Altman, socio de Lehman Brothers, cuyo presidente, Peter G. Peterson, era miembro de la Trilateral; el banquero John Bowles; C. Douglas Dillon, de Dillon, Read, quien también fue miembro del consejo asesor internacional del Chase Manhattan Bank; y Cyrus Vance, fundador de la Trilateral y vice-presidente del CFR.

Además de los seis directores nacionales de finanzas que participaron en la costosa carrera de Jimmy Carter, previa a la convención para su nominación presidencial, tres fueron altos cargos de Lehman Brothers; uno, vicepresidente de

Paine, Webber; otro vicepresidente de Kidder, Peabody; y un sexto fue el venerable John L. Loeb, socio principal de Loeb, Rhodes, & Co. y un Lehman por matrimonio. Otros destacados recaudadores de fondos para la campaña electoral de Carter fueron Walter Rothschild, que se había casado con una miembro de la familia Warburg de Kuhn, Loeb & Co. y Felix Rohatyn, socio de Lazard Frères.

La Administración Carter demostró ser Trilateral hasta el final, especialmente en asuntos exteriores. Entre los miembros de la Trilateral que ocuparon altos cargos en la Administración Carter figuran:

- El presidente, James Earl Carter;
- Su vice-presidente, Walter ("Fritz") Mondale;
- El asesor de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski;
- El secretario de Estado, Cyrus Vance, quien era ahora presidente del consejo de administración de la Fundación Rockefeller. El bufete de abogados de Vance, Simpson, Thacher & Bartlett, había servido durante mucho tiempo como abogado general de Lehman Brothers y Manufacturers Hanover Trust Co. Vance sirvió hasta 1977 como director de IBM, New York Times Co. y en One William Street Fund de Lehman. Tal vez también ayudó a la causa de Vance que Simpson, Thacher & Bartlett fuera el consejero general en Nueva York de Coca-Cola Co.
- El secretario de Estado adjunto, Warren Christopher. Este abogado mercantil de Los Ángeles no tenía ninguna experiencia diplomática para este alto puesto, pero su bufete de abogados O'Melveny y Myers era uno prominente, y actuó como abogado de Los Ángeles para IBM. Más importante fue el hecho de que Christopher era el único miembro de la Comisión Trilateral de la mitad occidental de los Estados Unidos.
- El subsecretario de Estado para Asuntos Económicos, Richard Cooper. Este profesor de Yale también estaba en la junta directiva de la empresa controlada por Rockefeller J. Henry Schroder Banking Corporation.
- La subsecretaria de Estado para Asistencia de Seguridad, Ciencia y Tecnología, Lucy Wilson Benson. La Sra. Benson había sido presidenta de la League of Women Voters y era muy activa en Common Cause; era también miembro de la junta directiva de Federated Department Stores bajo la órbita de Lehman.
- El subsecretario de Estado para Asuntos de Asia Oriental y Pacífico, Richard Holbrooke.
- El embajador, Henry D. Owen, de la Brookings Institution y el CFR.
- El embajador para el Tratado sobre el Derecho del Mar, Elliot Richardson.
- El embajador encargado de asuntos atinentes a la no proliferación (negociación sobre armas nucleares), Gerald C. Smith, presidente de la delegación estadounidense en las conversaciones de SALT bajo Nixon, abogado de

Washington en Wilmer, Cutler & Pickering, y presidente norteamericano de la Comisión Trilateral.

- El embajador ante las Naciones Unidas, Andrew Young.
- El encargado de las negociaciones sobre el desarme, Paul C. Warnke, socio principal del influyente bufete de abogados de Clark Clifford.
- El secretario adjunto del Tesoro para Asuntos Internacionales, C. Fred Bergsten, de la Brookings Institution, consultor de la Fundación Rockefeller, y miembro del consejo editorial de la prestigiosa revista trimestral *Foreign Affairs* del CFR.
- El embajador en la China comunista, Leonard Woodcock, ex jefe de United Automobile Workers. Es interesante notar que fue bajo la égida de Carter-Woodcock que, una semana después de que por primer vez se establecieran relaciones formales de embajadores con la China comunista, China firmó un acuerdo con Coca-Cola dándole ventas exclusivas de cola en ese país.
- El secretario de Defensa, Harold Brown. Este físico era presidente del California Institute of Technology —el único presidente de Universidad en la Trilateral— y también miembro de la junta directiva de IBM y de Schroders, Ltd., la compañía matriz británica controlada por Rockefeller del J. Henry Schroder Bank of New York.
- El adjunto al director de la CIA, el Profesor de Harvard, Robert R. Bowie.
- El secretario del Tesoro, W. Michael Blumenthal, director de Bendix Corp., director del CFR y administrador de la Fundación Rockefeller.
- El presidente de la Junta de Gobernadores de la Reserva Federal, Paul A. Volcker. Volcker fue nombrado presidente por el presidente Carter a sugerencia de David Rockefeller. No es de extrañar, ya que Volcker había sido un ejecutivo en el Chase Manhattan Bank, y era un director del CFR y uno de los administradores de la Fundación Rockefeller.
- Y por último, el Asesor de la Casa Blanca para la Política Exterior e Interior, Hedley Donovan, ex redactor jefe de la revista *Time*.

Una de las primeras acciones importantes de la política exterior de Carter fue negociar el Tratado del Canal de Panamá, que entregó el Canal a Panamá y solucionó la controversia de manera que los contribuyentes estadounidenses pagaran millones de dólares al gobierno de Panamá para que éste devolviera los elevados préstamos contraídos con varios bancos de Wall Street.

Un co-negociador del tratado fue Ellsworth Bunker, que había estado comprometido en negociaciones infructuosas desde 1974. El Tratado no se concluyó hasta que Carter agregó como co-negociador al miembro de la Trilateral Sol Linowitz, socio del bufete de abogados mercantiles de Wall Street, Coudert Brothers, y miembro del consejo de Pan-Am Airways, del Marine Midland Bank de Nueva York y de Time, Inc.

El propio Marine Midland Bank participó en dos préstamos concedidos por consorcios bancarios a Panamá. Además, no menos de 32 integrantes de la Trilateral estaban en los consejos de Administración de los 31 bancos que participaron en la emisión del préstamo de 115 millones de dólares a 10 años Eurodollar Panamá emitido en 1972; y 15 miembros de la misma se encontraban en los consejos de Administración de 14 bancos que habían entregado un pagaré de 20 millones de dólares a Panamá ese mismo año.

Otra actuación fundamental de la política exterior del régimen de Carter fue la reticente decisión del presidente de admitir la entreda del Sha de Irán a Estados Unidos, una decisión que condujo directamente a la crisis de los rehenes de Irán y a la congelación de activos iraníes en Estados Unidos. David Rockefeller y Henry Kissinger presionaron insistentemente a Carter para que adoptase esa decisión, cuando bien podrían haber supuesto que se produciría una crisis de rehenes. El resultado fue que se evitó que Irán cumpliera su amenaza y retirase sus ingentes depósitos del Chase Manhattan Bank, lo que habría causado al banco grandes dificultades financieras. En política, una mano lava a la otra.

Cuando Kissinger dejó el gobierno en 1977 iba a estar muy poco tiempo en la sombra. Rápidamente se convirtió en director del CFR, miembro del comité ejecutivo de la Comisión Trilateral y presidente del consejo Asesor Internacional del Chase Manhattan Bank.

Aunque en sus primeras campañas, Ronald Reagan criticara a la Comisión Trilateral, sus integrantes pueden ahora tener la certeza de que la Administración Reagan está en buenas manos.

La señal la dieron, por un lado, que Reagan eligió para el puesto de vicepresidente de Estados Unidos a George Bush, un miembro de la Trilateral y ex-director del First International Bank of London and Houston, y, por otro, la visita de reconciliación que, después de la Convención, hizo Reagan a Washington y a casa de David Rockefeller.

Los ayudantes más influyentes de Reagan en la Casa Blanca, como James A. Baker, habían sido los principales apoyos de Bush para la presidencia en 1980. La empresa más influyente en la Administración Reagan es la Bechtel Corporation, que tiene su sede en California. El vicepresidente y consejero general de Bechtel, Caspar Weinberger, miembro de la Trilateral, es secretario de Defensa, y George Shultz, ex-ejecutivo de Bechtel y ex miembro del consejo de Borg-Warner Corp., de la General American Transportation Corp y del Stein, Roe & Farnham Balanced Fund es secretario de Estado.

El miembro de la Trilateral Arthur F. Burns, ex-presidente de la Fed, es embajador en Alemania Occidental, Paul Volcker ha sido reelegido como presidente de la Fed y Henry Kissinger ha vuelto en calidad de jefe de una Comisión Presidencial para estudiar la cuestión de Centroamérica.

Es difícil imaginar que los Trilateralistas pierdan las elecciones de 1984. En el boleto republicano tienen a George Bush, el aparente heredero de Ronald Reagan; y en el equipo Demócrata cuentan con los dos candidatos que van por delante, Walter Mondale y John Glenn, ambos Trilateralistas, al igual que Alan Cranston de California. Y, a largo plazo, John Anderson del "National Unity Party" es también un miembro de la Trilateral. Parafraseando una famosa declaración del ayudante de la Casa Blanca Jack Valenti acerca de Lyndon Johnson: gane quien gane en 1984, los trilateralistas y la élite del poder financiero pueden dormir tranquilos.

Bibliografía

Burch, Jr., Philip H. "Elites in American History", Volume 2: "From the Civil War to the New Deal". New York: Holmes and Meier, 1981.

Chernow, Ron. "The House of Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern Finance". New York: Atlantic Monthly Press, 1990.

Domhoff, G. William. "The Power Elite and the State: How Power Is Made in America". New York: Aldine de Gruyter, 1990.

Etherington, Norman. "Theories of Imperialism: War, Conquest, and Capital". Totowa, N.J.: Barnes and Noble, 1984.

Ferguson, Thomas. "Golden Rule: The Investment Theory of Party Competition and the Logic of Money-Driven Political Systems". Chicago: University of Chicago, 1995.

George, Alexander L., and Juliette L. George. "Woodrow Wilson and Colonel House: A Personality Study". New York: The John Day Company, 1956.

Grinder, Walter E., and John Hagel, III. "Toward a Theory of State Capitalism: Ultimate Decision-Making and Class Structure". *Journal of Libertarian Studies* 1, no. 1 (1977): 59-79.

Kolko, Gabriel. "The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History". Glencoe, Ill.: The Free Press, 1983.

Livingston, James. "Origins of the Federal Reserve System: Money, Class, and Corporate Capitalism", 1890-1913. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1986.

Quigley, Carroll. "The Anglo-American Establishment: From Rhodes to Cliveden". New York: Books in Focus, 1981.

. ----- "Tragedy and Hope: A History of the World in Our Time". New York: Macmillan, 1966.

Rothbard, Murray N. "The Case Against the Fed". Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2008.

. ----- "History of Money and Banking in the United States: From the Colonial Era to World War II". Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1982.

Shoup, Laurence H., and William Minter. "Imperial Brain Trust: The Council on Foreign Relations and United States Foreign Policy". Monthly Review Press, 1977.

Tansill Charles C. "America Goes to War". Boston: Little, Brown and Company, 1938.

Weinstein, James. "The Corporate Ideal in the Liberal State, 1900–1918". Boston: Beacon Press, 1968

Williams, William A. "The Tragedy of American Diplomacy". Cleveland, Ohio: World Publishing, 1959.

Índice alfabético

A

Acheson, Dean G. 39, 49, 51, 53
 Acheson, Katherine 49
 Adams, George Burton 37
 Aerial Coast Patrol 31
 Aldrich, Nelson W. 35
 Alemania 23, 26, 32, 34, 39, 41, 60
 Allende, Salvador 54
 Altman, Roger C. 57
 American Asiatic Association 27
 American Institute for International
 Affairs 38
 American Maritime Canal Company
 24
 Anderson, Dillon 44
 Anderson, John 61
 Anderson, Robert B. 43
 Andrews, Delano 45
 Anglo-Iranian Oil Company 44
 Arbenz Guzmán, Jacobo 45
 Armas, Castillo 45
 Armstrong, Hamilton Fish 38
 Askew, Reubin 56
 Atkins, Edwin F. 25 s.
 Austin, John Paul 56
 Austria-Hungría 34
 Avery, Janet Pomeroy 43

B

Bacon, Robert 28, 32, 38
 Baker, George F. 27
 Baker, James A. 4, 60
 Balfour, Arthur 33
 Ball, George 51, 53
 Banco de Inglaterra 31, 36
 Baruch, Bernard M. 31
 Bayard, Thomas F. 22
 Beal, Gerald F. 45, 49

Bechtel Corporation 49, 60
 Beer, George Louis 34, 37
 Belmont, August 22, 26
 Belmont, Perry 22
 Benson, Lucy Wilson 58
 Bergsten, Fred C. 59
 Berle, Adolf A. 46
 Black, Eugene 42, 50 s.
 Blumenthal, W. Michael 59
 Boers 25
 Bowie, Robert R. 59
 Bowles, Chester 47
 Bowles, John 57
 Boxer rebelión 27
 Braden, Spruille 46
 Bradley, Omar 53
 Braga, George A. 45
 Brasil 24
 Brown, Harold 59
 Bruce, David K.E. 55
 Bryan, William Jennings 27
 Brzezinski, Zbigniew 6, 56, 58
 Brzezinski, Zbigniew 57
 Bundy, Harvey H. 48
 Bundy, McGeorge 48, 53
 Bundy, William 50
 Bunker, Arthur 52
 Bunker, Ellsworth 52, 54, 59
 Bunker, John 52
 Burnham, Donald 55
 Burns, Arthur F. 60
 Bush, George H.W. 1, 4 ss., 18, 55 s.,
 60 s.
 Bush, Prescott 55

C

Cabot, John Moors 46
 Cabot, Thomas D. 46

- Campamento de Entrenamiento de
 Empresarios 32
 Carnegie, Andrew 31
 Carter, James Earl 5 ss., 40, 48, 56 ss.
 CFR 5 s., 17 s., 38, 40 ss., 46 s., 50 s.,
 54 ss.
 Chase, Salmon P. 21
 Chile 54 s.
 China 26 s., 55 s., 59
 Christopher, Warren 7, 18, 58
 CIA 8, 43 ss., 49 s., 54 ss., 59
 Clay, Lucius D. 42
 Cleveland, Grover 22 ss.
 Clifford, Clarck M. 51 s., 59
 Comisión Trilateral 2, 7, 17, 40, 55 ss.
 Committee on American Interest in
 China 27
 Committee on International Policy 47
 Cooke, Henry 21
 Cooke, Jay 21
 Coolidge, Archibald C. 38
 Coolidge, T. Jefferson 46
 Cooper, Richard 58
 Corea 27, 42
 Coster, Charles 26
 Coudert, Frederic R. 32
 Council on Foreign Relations 40
 Council on Foreign Relations, CFR 38
 Cranston, Alan 61
 Cravath, Paul D. 38
 Cromwell, William Nelson 28
 Cuba 25 s., 41, 49 s.
 Curtis, Lionel 37
 Cutler, Robert 44, 46
 D
 Davis, John W. 38
 Davis, Norman H. 38
 Davison, Henry P. 31, 35 s.
 Dean, Arthur H. 51, 53
 Dean, Gordon 48
 Delano, Frederic A. 35
 Deupree, R.R. 43
 Dewey, Thomas B. 48
 Dewey, Thomas E. 53
 Diệm, Ngô Đình 50
 Dillon, Clarence Douglas 42 s., 48 s.,
 53, 57
 Dodge, Cleveland H. 32
 Donovan, Hedley 57, 59
 Douglas, Lewis W. 39, 41
 Draper, William H. 41
 DuBrul, Stephen M. 56
 Dulles, Allan 44
 Dulles, Allen 49
 Dulles, Allen W. 43 ss., 48 s.
 Dulles, Eleanor Lansing 43
 Dulles, John Foster 42 ss., 47 ss.
 DuPont, T. Coleman 32
 E
 Edgell, Helena 55
 Edwards, Augustin 55
 Eisenhower, Dwight 42 ss., 48 ss., 52
 El Mercurio 55
 Endicott, William C. 23
 Engelhard, Charles W. 49
 España 25 s.
 F
 Farley, James A. 57
 Filipinas 26
 Finletter, Thomas K. 41
 Ford, Gerald 54, 56
 Foreign Affairs 38, 59
 Foreign Bondholders Protective Council
 48
 Foster, William C. 49
 Francia 24, 26, 31, 34, 36, 39, 43, 48
 Franklin, George S., Jr. 55
 Frick, Henry Clay 32
 Fuentes, Miguel Ydigoras 47
 G
 Galbraith, John K. 41
 Gambrell, David 57
 Gambrell, E. Smyth 57
 García Godoy, Héctor 52

- Gary, Elbert 29
 Gates, Thomas S., Jr. 43, 56
 Gay, Edwin F. 38
 Gibson, Charles W. 45
 Gifford, Walter S. 41
 Glenn, John 61
 Gran Bretaña 23 ss., 31 ss., 36 s., 39, 41 s., 56
 Grew, Joseph C. 39
 Guatemala 45 ss.
 Guayana Británica 24
 Guerra de Corea 42
 Guerra Fría 2, 9, 39, 41
 Guerra hispano-americana 26
 Guggenheim, Daniel 32
 Guggenheim, Simon 32
 Gulf Oil 29, 45
 H
 Halberstam, David 53
 Hamlin, Charles S. 36
 Hanna, Marcus 27
 Harriman, Edward H. 26
 Harriman, W. Averell 41, 50
 Harvey, George W. 30
 Hauge, Gabriel 50 s., 55
 Hay, John 28
 Helms, Richard 55
 Hemphill, Alexander 38
 Hepburn, A. Barton 35
 Herbert, Hilary A. 23
 Herter, Christian A. 43, 48
 Hill, Robert D. 47
 Hobart, Garret A. 28
 Holbrooke, Richard 58
 Holland, Henry F. 47
 Holman, Eugene 44
 Hoover, Herbert 16, 32
 House, Edward Mandell 30
 I
 Ingersoll, Robert S. 54, 56
 Institute of International Affairs 38
 International Harvester Company 29
 s.
 Irán 8, 40, 44 s., 60
 Sha de 40, 44, 60
 Irwin, John N. II 53
 J
 J.P. Morgan & Co. 31, 38, 42 s.
 Jackson, William H. 44
 Japón 27, 39 s., 43, 55
 Jaretski, Alfred Jr. 45
 Johnson, Lyndon Baines 5 s., 50 ss., 54, 61
 Jones, Joseph W. 56
 K
 Kahn, Otto H. 38
 Katanga 49
 Kendall, Donald M. 55
 Kennedy, Jacqueline 49
 Kennedy, John F. 5, 41, 47 ss.
 Killian, James R. 51
 Kirbo, Charles 56
 Kissinger, Henry A. 8, 19, 40 s., 54 ss., 60
 Knox, Philander 29
 Kraft, Joseph 40, 57
 Kuhn, Loeb & Co. 28 ss., 35, 38, 42, 54, 58
 Kuhn, Loeb and Co. 26
 L
 Laissez-faire 14 s.
 Lamont, Daniel S. 23
 Lamont, Thomas W. 36, 38
 Lazarus, Fred Jr. 52
 Lee, Alice 27
 Leffingwell, Russell C. 42
 Lehman Brothers 5, 8, 23, 42, 47 ss., 51 s., 56 ss.
 Lehman, Mayer 23
 Lehman, Robert 51
 Leniz, Fernando 55
 Lindner, Harold F. 49
 Linowitz, Sol 59
 Lippman, Walter 33

- Lodge, Henry Cabot 25, 27, 32, 47, 50, 52 s.
- Loeb, Carl M. 52
- Loeb, John L. 52, 58
- Lovett, Robert A. 41, 47 s., 50
- M
- Manchuria 26
- Marine Midland Bank 59
- McAdoo, William Gibbs 30 s., 36
- McClintock, John 46
- McCloy, John J. 5, 40 ss., 49 ss., 53 s.
- McCone, John A. 49, 54
- McCormick, Cyrus H. 30
- McCormick, Medill 29
- McElroy, Neil H. 43
- McGarrah, Gates W. 55
- McGovern, James 46
- McKinley, William 27
- McNamara, Robert S. 48, 50, 52, 56
- Mesa Redonda 37
- Milbank, Jeremiah 42
- Miller, Adolph C. 35
- Mills, C. Wright 40
- Milner, Alfred Lord 37
- Mondale, Walter 58, 61
- Montagu, Norman C. 36
- Morawetz, Victor 35
- Morgan
- El declive de 30
- Imperialismo de Estados Unidos
- En América Latina 23
- En Asia 26
- Y el artido Demócrata 22
- Y el Council on Foreign Relations (CFR) 38
- Y el grupo de la mesa redonda 38
- Y el New Republic 18, 29, 33
- Y la Administración Cleveland 22
- Y la Administración Eisenhower 43
- Y la Primera Guerra Mundial 30
- Y la Reserva Federal 35
- Y los Rockefeller 28 s., 35, 38 s., 41 s.
- Y Theodore Roosevelt 25
- Y Woodrow Wilson 30
- Morgan, J.P. 4, 28, 36
- Morgan, J.P. 22 s., 27
- Morrow, Dwight 36
- Morton, Paul 28
- Mossadegh, Mohammed 44
- Murphy, William B. 51
- N
- National Board for Historical Services 37
- National Planning Association 47
- National Security Council 44
- National Security League 32
- National Unity Party 61
- Nicaragua 24
- Nitze, Paul H. 41, 43, 51
- Nixon, Richard 7, 47 s., 50, 53 ss., 58
- Norton, Charles D. 35
- O
- Office of Defense Mobilization 42
- Olney, Richard 23 ss.
- Osborn, William H. 52
- Owen, Henry D. 58
- P
- Pacific Union Railroad 29
- Page, Walter Hines 32
- Panamá 4, 28 s., 59 s.
- Panamá, Tratado del Canal de 59
- Partido Demócrata 22, 24, 27, 41, 48, 57
- Partido Republicano 1, 27, 53
- Patrón oro 27, 34, 36
- Payne, Oliver H. 42
- Peabody, George Foster 23, 30, 58
- Perkins, George W. 32
- Peterson, Peter G. 57
- Phillips, William 33
- Polk, Frank L. 33, 38
- Pratt, Herbert L. 43
- Pratt, Richardson 43

- Primera Guerra Mundial 9, 17, 30, 34, 37
- Progressive Party 29 s.
- Puertas Abiertas 26
- R
- Reagan, Ronald 5, 8, 10, 13, 18, 40, 60 s.
- Reclutamiento 32
- República Dominicana 24, 52
- Resor, Stanley R. 50
- Rhodes, Cecil 37
- Ricardo, David 14
- Richardson, Elliot L. 53, 56
- Robinson, Charles W. 56
- Robinson, Douglas E. 29
- Rockefeller
- Y Eisenhower 42 ss., 48
 - Y Guatemala 45
 - Y JFK 47
 - Y Kissinger 54
 - Y los intereses de los Morgan 28, 41
 - Y los Rothschilds 29
 - Y McKinley 27
 - Y Nixon 53
- Rockefeller, Avery 45
- Rockefeller, David 7, 40, 51, 55, 57, 59 s.
- Rockefeller, Godfrey 44
- Rockefeller, John D. 27, 42
- Rockefeller, John D. Jr. 35, 42 s.
- Rockefeller, Nelson A. 39 s., 44, 46, 53 s.
- Rogers, William P. 53
- Rohatyn, Felix 58
- Roosevelt, Franklin D. 5, 8, 32, 35, 39, 41
- Roosevelt, Kermit 45
- Roosevelt, Theodore 4, 25, 27 ss., 32
- Roosevelt, W. Emlen 27
- Root, Elihu 28, 32, 38
- Rothschild, Walter 58
- Rovere, Richard 41
- Rowan, Carl 57
- Royal Institute for International Affairs 38
- Rusia 26 s., 34, 41
- Rusk, Dean 47, 50
- Ryan, Thomas Fortune 30
- S
- Samuels, Nathaniel 54
- Sanford, Terry 56
- Satterlee, Herbert L. 28
- Schiff, Jacob 26, 35
- Schiff, John M. 42
- Scott, James Brown 38
- Segunda Guerra Mundial 4 ss., 9, 34, 39 ss., 46
- Shotwell, James T. 37
- Shultz, George P. 60
- Sistema de Reserva Federal 13
- Smith, Gerald C. 58
- Smith, Walter Bedell 47
- Sociedad de las Naciones 37
- Standard Oil 4, 27, 29, 42 ss., 49
- Stetson, Francis Lynde 22, 28
- Stillman, James 26
- Stimson, Henry L. 5, 32, 39 ss.
- Straight, Willard 29, 32 s.
- Strauss, Lewis L. 44
- Strong, Benjamin 36
- Sudáfrica 25
- T
- Taft, William Howard 4, 29, 32
- Taylor, Maxwell 53
- The Inquiry 33 s., 37 s.
- The New Republic 17, 29
- Time 57, 59
- Tracey, Charles B. 22
- Truman, Harry F. 5, 41, 43, 49 s., 55
- Turnbull, Walter 47
- U
- United Fruit Company 45 s.
- United States Steel Corporation 29,

31

Universidad de Columbia 35, 37, 42,
56

V

Valenti, Jack 61

Vance, Cyrus 48, 50 s., 53, 57 s.

Vanderlip, Frank A. 35

Venezuela 24

Versailles 34, 37 s.

Vietnam, guerra de 50 ss.

Volcker, Paul A. 59 s.

W

Warburg, Paul Moritz 35, 38, 58

Warnke, Paul C. 59

Weinberg, Sidney J. 48

Weinberg, Sudney J. 42

Weinberger, Caspar 60

Weisl, Edwin L. 51 s.

Wells, John A. 53

Whitney, Dorothy 29

Whitney, John Hay 42

Whitney, William C. 23, 28

Williams, John Skelton 36

Wilson, Charles E. 42 ss.

Wilson, Woodrow 30 ss., 38

Wiseman, William 33 s.

Wisner, Frank 45 s.

Woodcock, Leonard 59

Woodruff, Robert W. 56 s.

Woods, George D. 50

Y

Young, Andrew 59

Z

Zelaya, General 24

Zinsser, John S. 41

Zuckert, Eugene 48